



HENRY KEYSTONE

VISION DE MUERTE



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1960
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID
Teléf. 2 47 67 43

N.º Rgto. 6.631.—1960
DEPÓSITO LEGAL: M. 1.990.—1961

José RUIZ ALONSO - Imp.- Quiñones, 2.-T. 2 24 86 51 - Madrid

I

T ENGO un trabajo para ti, un difícil, complicado y duro trabajo... y solamente tú puedes hacerlo.

Brander Weigel estiró las piernas por debajo de la mesa de su despacho y miró curiosamente al inspector Dutley Boldt, jefe de una División Territorial del

F. B. I.

—Me gustan los trabajos, pero cuando son sencillos, fáciles, sin complicaciones... y bien pagados —respondió.

—No empieces a buscar motivos para «escurrir el bulto». Serás bien pagado...; tu cliente es el Estado.

Brander Weigel recogió sus piernas y apoyando los codos en la mesa, dijo:

—Hace años que me retiré del

F. B. I.,

para establecerme por mi cuenta. Monté esta agencia de informaciones comerciales y privadas. Vivo bien, tengo dinero en bastante cantidad... y no tengo complicaciones.

El inspector Dutley empezó a reírse sin hacer ruido, como si las palabras de Brander le produjesen un gran regocijo.

—¿Se puede saber a qué viene aliara esta risita de conejo? —pregunto Brander.

—Sí, hijo mío —contestó el inspector, secándose las lágrimas que la risa había hecho saltar de sus ojos—; me rió de tu animación sobre las «complicaciones». Tú no puedes vivir sin ellas.

—... pero las que me busco yo.

—Los amigos estamos para esto: para complicar la vida a nuestros amigos —contestó Dutley, que se sentía filosófico.

—Gracias, inspector.

Éste abandonó el aire despreocupado que había adoptado al entrar en el despacho de Brander y su voz resultó grave cuando empezó a hablar.

—Necesitamos a un hombre que reúna las condiciones de uno de nuestros agentes especiales, pero no puede pertenecer al F. B. I.

Tiene que ser un ciudadano particular y enteramente íntegro, fiel y fisto.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó Brander, abandonando también su posición de «hombre feroz».

—Tú has pronunciado la palabra adecuada: grave; en realidad, gravísimo.

—¿De qué se trata? ¿Asesinato, rapto, drogas, contrabando de armas...?

—¡De doscientos cincuenta millones de dólares! —interrumpió el inspector.

Un silbido de asombro salió de los labios de Brander.

—Este dinero, en billetes de dólar, de cinco y de diez, está en algún lugar de Europa, no sabemos en qué país. Hay que hallarlo rápidamente, o nuestra situación pasará a ser desesperada.

—Nadie. Los alemanes la falsificaron..., y cuando un Estado se dedica a falsificar moneda lo hace a la perfección.

—Sabía que habían «fabricado» libras esterlinas y que tuvieron pleno éxito, pero los ingleses retiraron toda su moneda y lanzaron nuevas emisiones, quedando anuladas así las falsificadas. La solución sería excelente para los Estados Unidos.

—No lo creas; aparte del tiempo y del enorme gasto que esta representaría, no podemos hacerlo ahora, ya que nuestra moneda sufriría un duro quebranto en la bolsa mundial.

—Por lo que veo, el peligro está en que alguien ponga este dinero en circulación, y siendo una falsificación perfecta los daños serían enormes para nuestro país.

—Serían totalmente catastróficos. Nadie confiaría en nuestra moneda.

—La solución es...

—Encontrar los dólares y destruirlos..., y hacer desaparecer las planchas y el papel que los alemanes no llegaron a utilizar, y que, según nuestros informes, están junto con el dinero falsificado.

Brander se puso en pie y, apoyando una mano sobre la mesa, miró fijamente al inspector Dutley.

—Sí, Brander —dijo éste—, tú tienes que hacerlo. Nosotros no podemos proceder directamente..., ni oficialmente podemos hacer nada. No tenemos ni la más ligera idea de dónde pueden estar estos dólares. Podría darse el caso de que estuviesen en uno de los países con los cuales no estamos en muy buenas relaciones, y entonces el remedio sería peor que la enfermedad.

—Sí; comprendo lo que quiere decir, inspector.

—Tú eres el hombre indicado, Brander. Tu agencia de información tiene un amplio campo de acción. Puedes desplazarte a todos los sitios; a nadie puede extrañarle que un investigador privado haga según qué clases de preguntas; puedes emplear métodos que a nosotros nos están prohibidos... y eres un hombre fiel.

Brander Weigel empezó a dar cortos paseos alrededor de la mesa despacho y cuando se detuvo delante del inspector Dutley, éste ya sabía lo que iba a decir.

—De acuerdo; lo haré... si no me liquidan antes. ¿Qué datos tengo para empezar?

—Alemania, una ciudad y el nombre en clave de nuestro agente en ella.

—Algo es. ¿El agente pertenece al F. B. I.?

—No...; y no olvides que nuestro servicio no tiene absolutamente nada que ver en este asunto..., aunque estemos detrás de ti con todas nuestras fuerzas.

—¿Cómo se llama la ciudad y el agente?

—La ciudad es Lübeck, en el mar Báltico y en la misma frontera entre las dos Alemanias. En cuanto a nuestro agente, no puedo darte su nombre por la sencilla razón de que lo ignoro... Su clave es MS36.

—No lo comprendo; tienen un agente en Alemania, les suministra información y no saben su nombre.

—No es un agente corriente ni un informador interesado. El jefe sabe su nombre, pero comprenderás que cualquier indiscreción le costaría la vida. Lübeck es una ciudad muy peligrosa.

—... ¿y yo debo mantener contacto con el

F. B. I.?

—No. Solamente el jefe y yo sabemos lo que vas a hacer. MS36 te pondrá al corriente de todo.

—Por lo visto, MS36 va a ser algo así como mi tío Ricardo. Él se encargará de todo..., menos de resolver el asunto; esto tengo que hacerlo yo solito y cuando me maten nadie podrá acudir a mi entierro porque nadie se enterará.

—Viajarás con tu propio nombre. En tu maleta llevarías varios asuntos de tu agencia y que justifiquen los desplazamientos que tengas que realizar. Llevarás dinero en abundancia y...

—... no será del mío.

—Yo te lo daré. Irás en avión hasta Kiel, y allí...

—... allí una persona desconocida me dirá una frase clave, subiré en su coche y esta persona me dejará en las calles de Lübeck —interrumpió Brander y pronunció estas palabras como si recitase una bien aprendida lección.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dutley, asombrado.

—También yo sé jugar a espías. ¿Cuál es la frase?

—Mañana te la diré cuando subas al avión.

—Puede decírmela ahora, no sueño en voz alta.

—Mañana, Brander..., y que tengas felices sueños —dijo el inspector, poniéndose en pie y tendiendo la mano a su amigo.

—Pesadillas, inspector, pesadillas.

... pero aquella noche durmió tranquilamente.

Una llamada en la puerta de su apartamento le arrancó de la cama.

Se cubrió con lo primero que encontró y murmurando contra los visitantes madrugadores, abrió la puerta.

—¡Hola, Brander! —dijo el inspector Dutley, entrando en el apartamento sin esperar que le invitasen a hacerlo.

—Esto no es el campo de aviación, inspector.

—Ya lo sé. Pero vengo a darte las últimas instrucciones. ¿Lo tienes todo listo?

—Sí; las maletas cerradas (me llevo dos)...: la cartera de mano llena de papeles sobre personas que no han existido nunca y que viven, o deberían vivir en casi todas las ciudades de Europa. El pasaporte, listo; el permiso de conducir internacional, en mi bolsillo. Lo único que no está en condiciones de empezar a viajar

soy yo.

—Tienes aún diez minutos para vestirme y otros diez para escucharme.

—Puede hablar mientras me afeito y me visto, y así lo perderé de vista diez minutos antes.

El inspector siguió a Brander al cuarto de baño y allí le dio las últimas órdenes.

—La frase clave es «Hay mar de fondo en el Báltico».

—Muy poética, pero yo hubiese elegido otra.

—Lo creo; pero por suerte no lo has tenido que hacer.

—¿La mandó el tío Roberto? —preguntó Brander, dando un empujón a Dutley para poder coger el masaje.

—¿El tío Ricardo? —preguntó extrañado el inspector.

—Sí, hombre, o MS36, que es lo mismo.

—No lo sé. No te acompañaré al campo de aviación. Irás tú solo.

—De lo cual me alegro mucho.

—Te pondrás en comunicación conmigo a través de MS36...

—Otra vez el tío Ricardo; siga.

—Nada más, solamente que este viaje a Europa te sirva para practicar el francés, el alemán y todos los otros idiomas que sabes.

—Gracias...; ¿puedo llamarle jefe?

—No. Tú no eres miembro de mi División.

—Entonces le llamaré «cliente».

Brander estaba listo, se puso la gabardina y el sombrero e iba a ponerse los guantes cuando pareció haber olvidado algo muy importante.

Abrió el cajón de la mesita de noche y cogió una pesada pistola y unos cargadores y lo puso todo dentro de la cartera de mano, y dijo:

—Listo, inspector; llegaré a la hora justa.

Estrechó fuertemente la mano de Dutley y cogiendo las maletas salió de su apartamento.

... Pero se volvió a entrar rápidamente, y tendiendo la mano derecha dijo:

—El dinero.

Dutley, que no se había movido del sitio, Je entregó un abultado sobre y otro más pequeño, diciendo:

—El pasaje del avión.

—Creo que ahora no me he olvidado nada más.

Brander cerró la puerta tras de sí y desapareció de la vista de Dutley.

—Es el único hombre en todo el país capaz de lograr el éxito en esta misión —murmuró el inspector, asomándose a la ventana para ver a Brander cruzando la calle.

Fuerte y corpulento. Con el cuerpo proporcionado a sus seis pies de estatura y perfectamente entrenado en los deportes y la lucha, Brander cruzaba la calle para coger un taxi que lo llevase hasta el aeródromo.

Nieto de un emigrante alemán, hablaba a la perfección este idioma y el francés. Durante la guerra había tenido una brillante actuación en los frentes, después ingresó en el

F. B. I.,

y se había convertido en el hombre de confianza de Dutley, pero una pequeña herencia le había impulsado a establecerse por su cuenta.

Cuando las cosas se ponían muy mal para el inspector Dutley, éste iba siempre en busca de Brander...

... porque Brander Weigel era un agente del F. B. I., especializado en misiones internacionales, en donde la intervención de un agente normal hubiese podido ser juzgada como un caso de espionaje oficial.

... Pero esto solamente lo sabían dos personas y el secreto quedaba bien guardado, y si Brander era capturado en alguna de sus peligrosas misiones no revelaría su verdadera personalidad aunque le torturasen hasta la muerte.

Dutley vio cómo su hombre penetraba en un taxi y cuando se separó de la ventana una sonrisa se dibujó en sus labios.

Recordaba la forma en que solían expresarse él y Brander. Si alguien les oía pensaría que eran dos hombres que no sentían ninguna simpatía mutua, pero Dutley sabía que su agente sentía un profundo respeto hacia él... y el inspector admiraba profundamente a Brander.

Cerró el apartamento de su agente y guardó la llave en su bolsillo, y mientras descendía murmuró:

—Suerte, Brander.

Mientras el inspector pronunciaba estas palabras, Brander

llegaba al aeródromo y rápidamente solventaba todos los trámites de aduanas y pasaje.

El gigantesco cuatrimotor estaba ya sobre la pista número siete dispuesto a despegar cuando Brander tomó asiento.

Vuelo directo hasta Bremen. New-York-Bremen por encima del Atlántico y el mar del Norte. Bremen-Kiel y... Lübeck, en el Báltico.

—«Un viaje muy húmedo» —murmuró Brander cuando el avión volaba ya sobre la estatua de la Libertad.

—¿Desea algo, señor? —precintó la linda azafata inclinándose hacia él.

—Sí, señorita, aprender nadar —contestó lanzando una mirada hacia el Atlántico.

—Esto corresponde al personal de tierra, señor. Pero le recomiendo que no empiece a tomar lecciones con este tiempo, espere a que llegue el verano.

—Esperaré, señorita: puede tener la seguridad de que seguiré su consejo.

Pero Brander no sabía que el destino le iba a gastar más de una pasada y que su broma de aprender a nadar se iba a ver satisfecho en pleno invierno.

La azafata se alejó hacia la parte posterior del aparato pensando que el viajero del asiento ocho era un hombre con gran sentido del humor, y un excelente nadador.

—«Sí —se decía mentalmente Brander—... soy un tipo con mucha suerte. Abajo está el océano, yo aquí arriba, sé nadar perfectamente, pero lo que yo quería era que la azafata se ofreciese para enseñarme y decirle al mismo tiempo que soy soltero».

La bella muchacha pasó otra vez junto a Brander y éste la siguió con la mirada y continuó hablando para sí.

—«Debería estar preocupado pensando en la misión que me ha cargado Dutley pero las piernas de esta muchacha no me dejan pensar en otra cosa».

—Señorita —dijo en voz alta cuando la azafata volvía a pasar.

—Diga, señor.

—Un café...; ¿quién se encarga de enseñar a saltar a los viajeros?

—Hay muchas formas de saltar, señor. ¿A cuál se refiere usted?

—A la más difícil —contestó Brander señalando hacia abajo.

—A bordo nadie, pero al fondo del aparato hay una salida de emergencia. Puede usted hacer la prueba... y el personal de tierra se encargará de saber si su salto ha sido bueno o tiene usted que mejorarlo.

—¿Ha saltado alguien?

—Varios, señor —respondió la muchacha con gran seriedad.

—¿Puede decirme por qué lo hirieron?

—Sí señor, fueron empujados.

—Habría algún motivo, supongo.

—Dos, señor. Primero: querer besar a la azafata. Segundo: intentar molestar a la misma azafata con...

—No siga, señorita. Veo que todos los accidentes de avión son debidos a la azafata.

—¿Quiere su café?

—Si no es mucha molestia prefiero un buen «*whisky*» doble... puro. Según qué clase de impresiones sólo pueden ser combatidas con alcohol.

La muchacha se alejó moviendo cadenciosamente sus caderas y Brander exclamó a media voz:

—¡Caramba con la muchacha!

El vuelo siguió sin alteraciones. Poco antes de llegar a Bremen se desencadenó una violenta tempestad y el aparato fue sacudido fuertemente.

La azafata fue recorriendo los asientos de los viajeros para tranquilizarlos y al llegar al que ocupaba Brander y ver que éste continuaba completamente tranquilo le sonrió diciendo:

—Buena ocasión para aprender a nadar.

—Sí... pero no olvido su consejo. Lo haré en verano.

Aterrizaron sobre las mojadas pistas de Bremen y después de una breve parada, y en vista de que el viaje podía continuar a pesar de la fuerte lluvia que caía, el aparato reemprendió el vuelo.

Era noche cerrada cuando el avión legó a Kiel. La tormenta continuaba pero en Kiel era nieve lo que caía.

—La primera nevada del año —dijo la azafata cuando Brander se despidió de ella para encaminarse a la aduana y a la comprobación de pasaportes.

Junto a la mesa de comprobación había una linda muchacha que seguía atentamente todas las preguntas que se formulaban.

Para disimular su curiosidad consultaba un horario de salidas y Brander que era gato viejo en aquellos asuntos comprendió que la muchacha esperaba a alguien.

Cuando el nombre de Brander Weigel fue pronunciado, la muchacha guardó el horario en uno de los bolsillos de su impermeable y cubriéndose la cabeza con un pañuelo salió al exterior.

Todo estaba conforme y Brander, recogiendo su equipaje cruzó las dependencias y el amplio vestíbulo y lanzó una mirada a su alrededor.

—«El tío Ricardo no da señales de vida» —pensó al ver que nadie salía a su paso.

Iba a descender de la acera cuando un coche se detuvo junto a él y observó que era un Opel Kapitán.

Una linda cabecita se asomó por la ventanilla y una vez le preguntó en alemán.

—¿Ha llegado usted en el avión de New York?

—Sí, señorita.

—Entonces tiene un encargo para mí. Puede dármelo.

—«Hay mar de fondo en el Báltico» —dijo Brander encontrando la frase tan ridícula como la primera vez que la oyó.

—De acuerdo, deje el equipaje en la parte trasera y siéntese a mi lado.

Brander obedeció rápidamente. La nieve caía copiosamente y hacía frío.

Cuando se sentó junto a la muchacha, ésta puso el Opel en marcha y se alejaron rápidamente del aeródromo.

Brander, siguiendo una vieja costumbre que le había evitado muchos tropiezos y dolores de cabeza, se volvió para observar si eran seguidos.

—No se preocupe, *Mr.* Weigel, nadie sabe que usted ha llegado ni tampoco que yo le estaba esperando —dijo la muchacha conduciendo a gran velocidad por una amplia carretera.

—¿Es usted la persona con la cual tengo que hablar? —No; a esa persona la verá en Lübeck... y ahora estamos rodando por la autopista que nos llevará allí.

—¿Vamos directos de Kiel a Lübeck? —preguntó Brander sin ningún entusiasmo.

—Sí, pero veo que esto parece disgustarle —dijo la muchacha que conducía con gran pericia.

—¡Oh, no! Yo no digo que me parezca mal, pero mi estómago tiene ideas propias.

La muchacha soltó una alegre carcajada y después dijo:

—Comeremos algo en uno de los restaurantes de la autopista.

—Esto me tranquiliza —contestó Brander empezando el examen de su compañera de viaje.

Ésta era muy joven, quizás veinte años. No muy alta y perfectamente formada. Sus facciones eran correctas y sus ojos tenían un extraño brillo juguetón.

Debido a la posición adoptada para conducir, su falda había quedado por encima de las rodillas y Brander dejó que sus ojos recorriesen las bien formadas piernas... pero los apartó rápidamente cuando recordó que Ja muchacha era aún demasiado joven.

Intentó conversar con ella, pero no lo logró, ni aún durante la cena en el pequeño restaurante de la autopista.

La muchacha se encerró en un profundo silencio y Brander vio que había recibido orden de no hablar.

Se encogió de hombros y echando el sombrero sobre sus ojos se puso a dormir tranquilamente.

Se despertó cuando el coche frenó bruscamente en la calle de una ciudad.

—Hemos llegado —dijo la muchacha descendiendo del Opel.

—Rápido ha sido el viaje —comentó Brander imitándola.

Se hallaban detenidos delante de una casa de modas y la muchacha, sacando una llave de su bolsillo abrió la puerta e invitó a Brander para que entrase.

Éste se encontró en el interior de la tienda que permanecía iluminada débilmente.

La muchacha cerró la puerta cuidadosamente y después desapareció detrás de una roja cortina.

Brander miró a su alrededor en busca de algo que le indicase la verdadera personalidad del agente de Dutley en Lübeck, pero nada halló.

—Bienvenido, *Mr.* Weigel —dijo una agradable voz de mujer.

Brander dio la vuelta rápidamente y se encontró ante una maravillosa criatura de largos cabellos rubios y cuerpo de diosa

griega.

—Según tengo entendido ha hecho usted un largo viaje para decirme algo —continuó diciendo la bella mujer aproximándose al agente.

—«Hay mar de fondo en el Báltico».

Brander sintió un escalofrío al pronunciar la ridícula frase.

—Bien. Soy MS36 —contestó solamente la mujer sentándose en un sillón y señalando otro a Brander.

—¡El tío Ricardo! —exclamó éste dejándose caer en el asiento.

II

BRANDER Weigel observó detenidamente a la mujer que estaba sentada delante de él.

Era una espléndida belleza rubia, un perfecto tipo nórdico, ojos azules, labios carnosos y bien dibujados. Piel blanca y suave. Frente amplia y despejada y aún una mirada inteligente y observadora.

De estatura normal poseía una perfección de líneas que difícilmente se encontraban reunidas en una sola mujer.

Vestía elegantemente a pesar de ser cerca de las cinco de la madrugada y sus piernas estaban enfundadas dentro de finas medias de gasa.

Empezó a hablar en alemán y también sus ojos estudiaban a Brander mientras hablaba.

—Supongo que estará usted al corriente del asunto aunque no pude dar muchos detalles. Siempre es peligroso confiar según qué cosas al papel, aunque se emplee complicada clave, pero ahora le explicaré detalladamente todo lo que sé. —¿Es seguro este lugar, señorita...?

Brander empleó la palabra señorita con segunda intención y la bella mujer sonrió al ver que su visitante deseaba saber su nombre.

—Puede llamarme Erika... es mi verdadero nombre. Erika Dreiser. En cuanto a la seguridad de este lugar puede estar tranquilo. La tienda es mía y el piso de arriba también. Las habitaciones que están a los lados forman parte de mi casa de modas.

—Continúe, por favor, señorita Erika —pidió Brander.

—No soy una espía profesional ni formo parte de ningún servicio secreto... ni al de ustedes, pero por diversas causas, y una de ellas es que en caso de una guerra los primeros en ser destruidos

seríamos nosotros; por lo tanto no debe extrañarle que sea una aliada de su país.

—Comprendido —dijo Brander que en realidad aún no comprendía nada.

—Los alemanes que vivimos junto a la frontera o en Berlín ayudamos a nuestros compatriotas que huyen de la otra zona o de otros sitios y esto hace que tengamos montada una perfecta red que se extiende por todo el país... y también al otro lado de la frontera.

Erika se interrumpió para observar el rostro de Brander y al ver que éste seguía interesado el relato continuó.

—Hace algún tiempo llegó un hombre a uno de nuestros refugios y preguntó por mí. Al no encontrarme dejó un pequeño paquete para que me fuese entregado diciendo que pasaría más tarde, cuando yo estuviese... pero al salir del local fue apuñalado por la espalda.

Erika se levantó y pulsando un escondido resorte abrió una de las secciones de una pequeña librería. Del hueco sacó una sucia y manoseada libreta y sentándose nuevamente la entregó a Brander diciendo:

—Esto es lo que contenía el paquete dejado por el hombre y en las hojas finales están anotados todos los datos que he podido reunir. Léala y así comprenderá mejor todo lo ocurrido.

Brander abrió la libreta y vio que la tinta empleada no era siempre la misma. Empezó por la primera hoja y la lectura le hizo olvidarse de todo.

«Soy coronel de la Abwehr o sea del Servicio Secreto del Estado Mayor Alemán y por razones de seguridad personal y también para evitar que personas sin conciencia y honor hagan uso de los informes que voy a escribir, si algún día esta libreta cayese en sus manos, omito mi nombre.

Hace algún tiempo que el Gobierno del III Reich está llevando a cabo una operación de gran envergadura y en el mayor secreto. La falsificación de libras esterlinas y de dólares americanos. Estas monedas extranjeras son armas de doble efecto. Con ellas paga la Gestapo a sus informadores y al mismo tiempo crea un problema de tipo financiero a los países enemigos.

Pero ahora que la guerra se ha perdido y estamos luchando dentro de nuestra destruida capital contra las tropas rusas que nos

atacan por todos los lados, creo que como militar y hombre de honor debo tomar las medidas para evitar que este dinero perfectamente falsificado caiga en poder de personas que le den mal uso.

Las libras esterlinas han sido lanzadas al fondo del lago Toplitz, en Austria».

Brander se interrumpió para decir a Erika:

—Efectivamente, fueron encontradas.

—Lo sé. Siga leyendo, por favor.

»En cuanto a los dólares, así como las planchas, papel y tintas, han sido cargadas en un camión y trasladado todo a...».

Los datos completos del lugar irán en una cartera de mano que esta noche llevaré conmigo cuando intente huir de la Cancillería para entregarme a las fuerzas americanas.

Si lo logro nada de esto tendrá valor, pero si muero, los datos no tendrán ningún valor para los rusos. Para poder saber el lugar exacto es necesario tener la libreta... y ésta no irá conmigo esta noche.

Aquí terminaban las anotaciones del coronel del Servicio Secreto del Estado Mayor Alemán.

Brander ojeó el resto de las hojas en busca de alguna indicación que aclarase las últimas palabras del coronel pero no halló nada.

—No busque, *Mr.* Weigel. La hoja clave la tengo yo. Son una serie de signos y equivalencias que supongo que, con los datos contenidos en la cartera completan la situación de los dólares falsificados.

—... o puede ser una clave para descifrar los mensajes cifrados que puedan existir en el interior de la cartera. No olvide que el hombre que escribió esto era un coronel perteneciente a un Servicio Secreto.

—La hoja la tengo escondida en Berlín —añadió Erika—... y la arranqué de la libreta cuando empezaron a ocurrir cosas.

—Hable, señorita. En New York me dijeron que las cosas estaban muy mal.

—Todo lo anoté en la libreta del coronel pero creo que de palabra será más rápido.

Erika Dreiser, con su agradable voz empezó el relato.

—Haciendo preguntas y más preguntas, buscando a los escasos

supervivientes de la Cancillería pude averiguar que un coronel de Abwehr fue visto en el interior del edificio, pero nadie recordaba su nombre.

»Durante los últimos días de lucha había mucha gente en todas partes y nadie sabía de dónde había salido... como nadie sabía lo que iba a ocurrir dos minutos después.

»Cada uno se preocupaba de sí mismo y luchaba por salvar la vida.

»El 30 de abril por la noche, varios hombres intentaron cruzar las líneas rusas y llegar hasta donde estaban los americanos. El coronel de la Abwehr iba con estos hombres y llevaba una cartera en la mano.

»Hitler y Goebels habían muerto y los tanques rusos estaban en todas partes. Patrullas de soldados rojos se movían por Berlín pero aún se luchaba duramente.

»El coronel y los otros hombres siguieron por un túnel subterráneo que iba desde los sótanos de la Cancillería, hasta la estación de Wilhelm-Platz y siguiendo las vías del ferrocarril llegaron hasta la estación de Friedrichstrasse.

»Allí salieron y llegaron hasta el río Spree, pero en el puente de Wiedendamm los rusos tenían establecida una línea de cañones anti-carros y dispararon contra el grupo.

»Éste sufrió bajas y el resto se dispersó. Nuestro coronel, llevando aún la cartera en su mano retrocedió y se le vio seguir nuevamente las vías del ferrocarril hasta la estación de Lehnt. Allí perdí su rastro. Nadie más volvió a verlo por ningún lado y por lo tanto no he podido saber lo que ocurrió en Lehnt... pero allí había tropas rusas esperando para lanzarse al asalto.

—Tenemos que encontrar la cartera... si es que aún existe —dijo Brander.

—Existe... y no somos nosotros solos los que deseamos encontrarla. Dos hombres llamados Moskovitz y Mallinkoff la rastrean. Según mis informes trabajan para una potencia de detrás del telón de acero.

—Es natural que si saben la existencia de la moneda falsificada quieran hacerse con ella.

—Aún hay más. En Berlín hay un *cabaret* propiedad de un francés llamado Charles Lambois, aunque todo el mundo lo conoce

por «Papá Lambois». El *cabaret* tiene un nombre muy original, se llama «Destrozo»... y realmente lo es. «Papá Lambois» tiene un pasado algo turbio y va tras la cartera del coronel.

—Muy concurrido se pone esto, señorita. ¿Puedo saber cómo se han enterado estas personas de la existencia de la cartera?

—Ahora viene la segunda parte de la historia. Parece ser que el coronel fue capturado por los rusos...; pero la cartera ya no estaba en su poder ni la libreta tampoco.

—¿Dónde podían estar? —preguntó Brander en voz baja y haciéndose Ja pregunta a sí mismo.

Erika lo oyó y replicó:

—No lo sé... y me temo que no lo sabremos nunca. La libreta, según decía el coronel en ella no la iba a llevar la noche de la huida, por lo tanto tenía que quedarse en la Cancillería y como no sabemos el lugar exacto en donde fue capturado por las tropas rusas, tampoco podemos saber ni adivinar dónde puede estar la cartera.

—Ningún caso queda claro hasta que está resuelto. Siga hablando se lo ruego.

—El coronel fue trasladado a Siberia y allí permaneció durante muchos años. En los campos de concentración se habla mucho y es posible que el coronel dijese algo a un compañero de cautiverio y éste haya hablado después.

—¿Dónde está el coronel ahora? ¿Continúa en el campo de concentración de Siberia?

—No. Y ahora viene lo más curioso. Los rusos nunca sospecharon que el coronel poseía un secreto de tanta importancia, como también ignoraban que había estado en la Cancillería. Un día el coronel fue repatriado junto con otros prisioneros y entonces fue cuando empezó su caza. Por esto le he dicho antes que era fácil que el coronel se hubiese confiado a algún compañero del campo y...

—Comprendo —interrumpió Brander, que seguía el pensamiento de Erika—... y cuando éste vio que el coronel estaba a salvo hizo uso de lo que le había confiado para adquirir alguna ventaja en el campo... o para salvar su vida.

—Exacto... ya que media hora después de haber sido libertado, los rusos lo buscaban desesperadamente. Si hubiesen sabido antes la existencia de los dólares falsificados no lo habrían dejado escapar

de sus manos.

—... y «Papá Lambois» se habrá enterado por medio de algún oficial ruso que ha hablado más de la cuenta —añadió Brander—. Ya tenemos el círculo completo, ahora sólo nos falta el coronel o la cartera.

—El coronel fue capturado en la zona occidental y llevado a la oriental, pero logró escapar y sus pasos se han perdido completamente.

—¿El hombre que entregó la libreta en el refugio, fue identificado?

—No, pero no era el coronel. La libreta me fue entregada después de la fuga del coronel. Es fácil que el hombre asesinado tuviese un mensaje verbal para mí, pero murió sin poder hablar conmigo.

—Un trabajo muy limpio de nuestros amigos Mallinkoff y Moskovitz... o del paternal Lambois. ¿Sabe por qué razón le fue enviada a usted la libreta y no a otra persona?

—Muchas veces lo he pensado, *Mr.* Weigel y he llegado a la conclusión de que el coronel conocía a mi padre y por tanto a mí y a Gretchen, mi hermana, la muchacha que lo ha traído hasta aquí.

Brander comprendió la gran semejanza que existía entre las dos mujeres, pero Erika era más bella... y tenía veintiséis años.

—... mi padre fue ejecutado después del atentado contra Hitler en el año 1044. También era oficial del Servicio Secreto del Estado Mayor.

—Un momento, señorita Erika, ¿cuándo le fue entregada la libreta?

—Hace exactamente veinte días.

—Lo cual quiere decir que hace veintiuno estaba en manos del coronel y si mal no recuerdo me dijo usted que iba envuelta en algo formando un paquete ¿no es cierto?

—Sí, era un trozo de tela.

—¿Quién ha tocado la libreta últimamente?

—Solamente Gretchen y yo... y ahora usted.

—¿En qué localidad se la entregaron?

—En Berlín.

—No es disparatado pensar que si el coronel era amigo de su padre tuviesen ambos las mismas ideas y tampoco es de locos

pensar que cuando su padre fue detenido por la Gestapo por el atentado del año 1944 también lo hubiese sido el coronel debido a la amistad con su padre, aunque después fuese dejado en libertad. Al ser detenido sería fichado, y nosotros tenemos todas las fichas de la Oficina Regional de la Gestapo en Kiel y de la Oficina Central de la Policía de Seguridad.

—No podemos pasar ficha por ficha en busca de una persona que no sabemos cómo es ni qué nombre tiene. Yo he logrado todos los datos muy penosamente y siempre que se ha nombrado al coronel se ha hecho empleando nombres propios y nunca el mismo.

—Pero tenemos la libreta y en ella las huellas del coronel. Para la División de Identificación del

F. B. I.,

será un trabajo fácil hallarlas, y si la ficha existe, mañana por la tarde tendremos una copia aquí. ¿Puede mandar un mensaje urgente a New York?

—Más rápidamente que el propio presidente —respondió la muchacha alegremente.

—Hay que remitir la libreta y esto nos hará perder mucho tiempo.

—No lo crea. La libreta se quedará aquí y a New York irán solamente las fotografías de todas las huellas que haya en ella.

—Perderemos tiempo igualmente.

—Si usamos el correo normal sí, pero no será así. Le garantizo que mañana por la mañana tendremos la respuesta aquí... si sus amigos de América trabajan aprisa.

—¿Teletipo? —preguntó Brander curioso.

—Puede ser... o televisión en circuito cerrado.

—... o la lámpara de Aladino —bromeó Brander al ver que Erika no tenía ningún interés en dar explicaciones.

—Son ahora las seis de la mañana del día 3 de diciembre, a las siete de la mañana del día 4 tendremos la respuesta.

—Voy a recoger mi equipaje que se ha quedado dentro del coche e iré en busca de un buen hotel ¿cuál me recomienda?

—Ninguno. Su equipaje está en el piso de arriba y allí dormirá usted hasta que tengamos que abandonar Lübeck. Mi hermana y yo vivimos en la planta y el piso tiene una entrada por la escalera y otro por aquí... para casos de urgencia.

—Bien. No quiero discutir con una mujer, alguien dijo que hacerlo era como intentar leer el periódico en medio de un vendaval.

—... y quien dijo esto olvidó añadir que discutir con un hombre es lo mismo que querer razonar con una mula cuartelera.

—... no quiero leer el periódico ahora, señorita Erika. Usted resulta un vendaval demasiado fuerte.

Y Erika Dreiser no supo si lo decía por eludir la discusión o refiriéndose a sus caderas ya que ella caminaba delante de él para enseñarle el camino.

A pesar de ser las seis de la mañana, Brander se acostó y durmió hasta cerca del mediodía.

Se estaba lavando cuando sonó el timbre del teléfono y la agradable y armoniosa voz de Erika le dijo:

—*Mr.* Weigel. Me permito recordarle que en Alemania se suele comer a estas horas. No sé las costumbres de América, pero supongo que también comerán de vez en cuando.

—Sí, pero... ¿dónde diablos voy a comer?

—Hay infinidad de restaurantes en donde le atenderán perfectamente y más hablando alemán.

—¿Puedo invitarla, señorita Erika? Creo que hoy será el único día que tendremos tranquilo, después las cosas se complicarán y no nos quedará tiempo para nada.

—Bien, acepto. Subiré por la escalera de la tienda. Hasta ahora.

—No me haga esperar mucho, tengo hambre. Abrió la cartera de mano y de ella sacó la pistola, una Parabellum de gran calibre, comprobó su estado y puso una bala en la recámara y después se la colocó en la cintura.

Puso dos cargadores en el bolsillo trasero del pantalón y finalmente se guardó un cuchillo de resorte automático en la americana.

—Andando mis amigos Moskovitz y Mallinkoff por ahí y «Papá Lambois», todas las precauciones van a ser pocas.

Se puso delante del espejo y empezó a anudarse la corbata y cuando hubo logrado un nudo perfecto exclamó alegremente:

—Me voy a comer con el «tío Ricardo».

Erika fue una amable compañía para Brander. La muchacha poseía una extensa cultura y un refinado sentido del humor.

Explicó al agente todos sus negocios. Tenía tiendas de modas las ciudades de Alemania occidental y esto le permitía ir de un sitio a otro y dedicarse plenamente a ayudar a sus compatriotas que huían de la otra zona. Su casa central estaba en Berlín.

Comieron en un pequeño restaurante de la Bonnstasse y después Erika condujo el Opel.

Kapitán hasta los dos puestos fronterizos en la autopista general de Berlín.

—Tendremos que pasar por ellos cuando vayamos a Berlín —dijo Erika—... pero no tendremos dificultades. Usted será un empleado de mi agencia en Lübeck que ya a ocupar una plaza en la casa central.

Brander miraba atentamente aquella frontera dentro del mismo país.

Erika puso en marcha el coche y lo llevó a la playa de Trevemunde y señalando un sector de la bahía, dijo:

—Alemania comunista... y una línea imaginaria en el agua.

Cenaron en una casita desde la cual podían divisar perfectamente las dos torres de control y cuando encendieron los reflectores vieron a los policías de la zona oriental moverse junto a las ametralladoras emplazadas en las torretas.

—El aire resulta pacífico y acogedor. Hacía años que no había cenado bajo el cañón de las ametralladoras —dijo Brander poniéndose en pie y cogiendo a Erika por el brazo salieron para regresar a la tienda.

Después de saborear una buena taza de café y de haber cambiado impresiones, Brander se despidió de las muchachas, ya que Gretchen había formado parte de la reunión y subió al piso acostándose rápidamente.

A las siete en punto entró Erika en la habitación y le despertó sin ninguna clase de miramientos.

—Ya está aquí, *Mr.* Weigel —dijo enseñando unos papeles.

—¡Démelos! —contestó Brander incorporándose de un salto.

Una nota de Dutley diciendo:

«¡Bravo, muchacho! Huellas en libreta corresponden a MS36, a ti a dos personas desconocidas y a un coronel del Servicio Secreto del Estado Mayor Alemán llamado Gunther Schurz. Incluyo ficha».

—Dimos en el clavo, señorita Erika —dijo alegremente Brander

examinando la copia de la ficha remitida por Dutley.

«Gunther Schurz. Nacido en Essen el 7 de octubre de 1901. Coronel de la Abwehr. Sospechoso atentado 1044. Talla 1,68, peso 70 kilos, cabello castaño claro, ojos pardos, cicatriz en pómulo derecho en forma de media luna de tres centímetros de larga. RSHA-III-B5. Oficina Regional de la Gestapo. Kiel».

—Las iniciales RSHA quieren decir «Reichssicherheitshauptamt» o sea Oficina Central de la Policía de Seguridad —dijo Brander—. Lo que nunca he comprendido cómo es posible escribir palabras tan largas.

—Ni yo, a pesar de ser alemana.

—III quiere decir la División de la RSHA que intervino en la detención y B5, era el número de fichero donde los nazis clasificaban a los hombres que en caso de rebelión interior tenían que ser ejecutados.

—Ahora recuerdo al coronel Gunther. Era un hombre muy amable y recto —dijo Erika.

—Tenemos que localizarlo rápidamente si queremos que continúe viviendo.

—Será difícil. Huye de todos ahora y no se atreverá a ponerse en contacto conmigo por temor a mezclarme en el asunto.

—Lo encontraremos... y primeramente iremos a Berlín a echar una ojeada a nuestros competidores y a tratar de averiguar lo que saben.

III

EL rápido Opel Kapitán devoraba kilómetros por la autopista general de Berlín.

Conducía Brander y las dos muchachas iban cómodamente sentadas en el asiento posterior.

Brander rebajó el volumen de la radio y preguntó:

—¿Dónde se escondería usted si la persiguiesen?

—Siempre he oído decir que el mejor sitio es donde haya mucha gente —respondió Erika.

—Cierto. A veces los árboles no dejan ver el bosque. ¿Cuál es el sitio que hay mayor aglomeración de personas en Alemania?

—Supongo que en las ciudades y...

Erika se quedó pensativa sin terminar la frase.

—¡Los campos de refugiados del Este! —exclamó Gretchen.

—Efectivamente, señorita. Los campos de refugiados y en uno de ellos encontraremos a Gunther.

—Existen varios y va a ser un trabajo bastante pesado.

—Hace cuarenta y ocho horas que apenas sabíamos nada y poco a poco iremos sabiendo más.

Brander pisó el acelerador a fondo. Era una delicia conducir por las autopistas alemanas y aunque estaba nevando con bastante intensidad el piso no resultaba peligroso.

—Al llegar a Berlín me separaré de ustedes. Me alojaré en un hotel o en una casa particular y trabajaré solo. No es conveniente que nuestros adversarios sepan que formamos un equipo.

—Tenga esta dirección —dijo Erika apuntándola en una hoja de papel—; es mi piso particular y, como todos los lugares en donde habito, existen dos entradas.

Brander leyó la dirección varias veces y después la rompió.

—No le aconsejo ningún hotel —continuó diciendo la muchacha pero puedo proporcionarle una habitación independiente y nadie le relacionará conmigo. Tenga la llave. La habitación está en el número 67 de la Reingstrasse.

—Al entrar en Berlín descenderé del coche y recogeré mis maletas.

—No es necesario, *Mr.* Weigel, cuando vaya a su habitación ya las encontrará allí.

Brander no replicó. Sabía que Erika hacía las cosas bien.

Al llegar a Berlín cedió el volante a Gretchen y se despidió de las muchachas e iba a alejarse cuando la rubia cabeza de Erika se asomó por la ventanilla y haciéndole una seña para que se aproximase, dijo:

—Escuche atentamente.

La voz de la muchacha era apenas un susurro para evitar que los escasos transeúntes pudiesen oír sus palabras.

Brander sin inclinó sobre ella para que no se escapase ni una sola de las frases de Erika y su rostro quedó casi unido al suyo.

Un perfume suave y agradable inundó su nariz y los finos cabellos de la mujer rozaron su mejilla... y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para prestar atención a lo que estaba diciendo Erika.

—Cada noche a las doce, le estaré esperando en mi piso. Tenemos que cambiar impresiones y comunicarnos los datos que vayamos adquiriendo.

—Iré.

El Opel se puso en marcha y Brander vio cómo se alejaba.

Eran cerca de las doce de la noche y continuaba nevando cuando Brander llegó al *cabaret* de «Papá Lambois».

El «Destrozo» se hallaba situado en un estrecho callejón cercano a la Postdamplatz y cuando Brander cruzó la plaza pudo observar cómo los soldados rusos montaban la guardia sobre la misma línea divisoria de zonas.

Soldados americanos, ingleses y franceses estaban también en sus respectivos sitios y parecían vigilarse mutuamente.

—Parecen pugilistas descansando en sus rincones después de un reñido asalto —murmuró, penetrando en el *cabaret*.

Una muchacha bastante ligerita de ropa estaba bailando una

danza exótica en el centro de la pista.

La sala permanecía sumida en una suave penumbra. Las únicas luces eran las que brillaban sobre las mesas que rodeaban la pista y que también ocupaban todos los rincones del salón.

A la derecha había un bar y la orquesta quedaba oculta por una gran cortina roja situada al fondo del *cabaret*.

El gusto de «Papá Lambois» en materia de decoración era bastante discutible y en cuanto a la calidad artística del espectáculo dejaba bastante que desear... y la moralidad brillaba por su ausencia en todos los sitios, incluso alrededor de las mesas.

El «Destrozo» era un *cabaret* de la más baja condición y los concurrentes habían salido de las cuatro zonas.

Brander se quitó la gabardina y el sombrero y su mirada fue en busca del guardarropa cuando una muchacha cubierta con una diminuta falda que no servía para nada y un escote que aún servía para menos, le cogió las prendas y le entregó una ficha.

—¿Desea mesa?

Al ver el gesto afirmativo de Brander, hizo una seña a otra muchacha vestida igualmente como ella y ésta última se encargó de colocar al agente en una de las mesas cercanas a la pista.

El baile terminó y Brander esperaba que se encendieran las luces, pero se llevó un desengaño. La iluminación siempre era la misma.

La misma muchacha que le había colocado en la mesa se acercó a él y al ver que buscaba las luces le dijo con una sonrisa.

—No se moleste, señor, aquí siempre hay una discreta oscuridad. ¿Qué desea beber?

—«*Whisky*» doble, sin soda.

Cuando la bebida le fue servida y sus ojos se iban acostumbrando a la discreta oscuridad vio que un hombre bastante bajo y con una espléndida barriga se acercaba hacia él.

—Buenas noches —dijo deteniéndose delante de su mesa—. Soy «Papá Lambois».

«Exactamente como me lo imaginaba» —pensó Brander, y en voz alta saludó.

—Encantado.

—¿Puedo sentarme, *monsieur* Weigel?

Brander asintió con la cabeza sin demostrar ninguna sorpresa al

ver que el francés conocía su nombre... y la sentía.

Hacía apenas media hora que había llegado a Berlín y su presencia era ya conocida.

«Papá Lambois» tomó asiento y después de acomodar su barriga miró curiosamente a Brander.

—Es curioso, *monsieur*, creí que sería usted como uno de estos americanos que se ven en las películas que tan generosamente nos manda su país a todos los europeos.

—¿Cómo me veía usted cuando aún no me conocía?

—Con un sombrero hongo y un enorme puro en la boca.

—Ésta es la estampa de los «gangsters».

—Puede ser, *monsieur*, a veces «Papá Lambois» se equivoca lamentablemente.

Toda la amabilidad de Lambois desapareció y resultó un hombre peligroso cuando dijo:

—Le aconsejo que se meta en sus propios asuntos y no ande husmeando por aquí. Sé que ha salido de New-York

y que su primera visita en Berlín ha sido a mí «local», y esto no me gusta.

—Lo siento, «Papá», pero todos tenemos derecho a vivir.

—Usted no vivirá mucho si se empeña en mezclarse entre mis asuntos. Berlín no es Chicago y nuestros métodos son más silenciosos, pero tan efectivos como los que empleen en su tierra.

La imaginación de Brander trabajaba a un ritmo acelerado. De momento creyó que el francés había descubierto su verdadera personalidad, pero a medida que éste iba hablando comprendía que lo había tomado como miembro de un «gang» y decidió forzar la situación.

—Podemos llegar a un acuerdo, «Papá Lambois». En América será mucho más fácil pasar los dólares falsos.

—No hay acuerdo, Weigel. Los dólares serán para mí... y lárguese de aquí a toda velocidad.

Brander se inclinó sobre la mesa y puso su rostro a poca distancia de las rubicundas facciones del francés.

—Bien, no hay acuerdo y me largaré de aquí ¡pero no de Berlín! Brander Weigel no abandona ningún negocio.

—En este hay mucha competencia... y habrá que empezar a

eliminarla, Weigel. Trate de no ser el primero y ahora que nuestras posiciones están bien claras y sabemos que cada uno va a luchar por llevarse el botín ¿quiere usted decirme cómo ha oído el asunto?

—Se lo diré siempre que usted me diga cómo se ha enterado de mi llegada.

—Una dulce voz de mujer me llamó por teléfono diciéndome que había llegado usted procedente de América y también me dijo la clase de persona que es usted.

—¿Una amiga?

—Una buena y excelente amiga.

—Yo me oí el asunto porque sus amigos rusos tienen muchas fallas en su sistema... y una de ellas llegó hasta mí a través del Atlántico.

Lambois hizo un ademán con la cabeza señalando a una mesa situada en un rincón.

—Allí los tiene, esperando que yo de un paso para seguirme. En este asunto a pesar de ser ellos los que han levantado la liebre son los que menos saben, y esperan, pero como usted y yo formamos parte de un mismo sindicato le daré un aviso.

—Venga este aviso.

—No se fíe de ellos.

—No me fiaré; ni de usted tampoco.

«Papá Lambois» sonrió y volvió a ser el amable dueño de un *cabaret*.

—La guerra ha empezado y todas las tretas son buenas, *monsieur* Weigel... incluso la muerte.

—No use esta palabra, llámela «ausencia obligada».

Lambois se puso en pie e inclinando la cabeza en señal de despedida señaló la consumición de Brander.

—Permítame que le invite ya que ha tenido la amabilidad de visitarme. Buenas noches, *monsieur* Weigel.

Cuando Lambois se hubo alejado, Brander se dedicó a observar a los dos hombres de la mesa del rincón.

Mientras uno no apartaba la vista de Lambois, el otro fijaba su atención en él.

«Moskovitz y Mallinkoff. Parece el anuncio de una pareja de payasos de un circo barato» —pensó Brander al observarlos.

Ambos eran dos pesados ejemplares de la raza eslava. Fuertes,

casi macizos, parecían encontrarse incómodos dentro de sus trajes.

«Pegando deben ser un par de bestias y pesando, más bestias aún —continuó diciendo Brander para sí mismo».

Se levantó y entregó la ficha a la misma muchacha que había recogido su gabardina y el sombrero.

Cuando regresó con las prendas, Brander le entregó una generosa propina y levantando el cuello de la gabardina para resguardarse del frío de la calle miró fijamente a la muchacha, empezando por los pies y terminando por los cabellos.

—¿Sale a la calle vestida así? —preguntó cuándo terminó el examen.

La muchacha sonrió picarescamente y replicó:

—No..., pero en mi casa voy aún más cómoda.

—Lo creo —comentó Brander saliendo del «*cabaret*».

Empezó a caminar hacia la Postdamplatz sumido en sus pensamientos.

«Erika le ha contado una bonita historia a “Papa Lambois” para que él declarase su juego. No hemos logrado mucho éxito, pero por lo visto él tampoco sabe mucho... y los payasos de circo andan igual que él».

Cruzó la Postdamplatz y se encaminó hacia el sector americano para dirigirse a la Ringstrasse.

Se metió por una callejuela bastante mal iluminada y en donde aún quedaban ruinas que señalaban el paso de la guerra.

Un leve ruido a su espalda le hizo volver la cabeza... y algo se estrelló contra su nuca haciéndole caer de bruces.

Oyó unas palabras en una lengua desconocida y después el ruido de un coche. Sus ojos trataron de abrirse, pero otro golpe, esta vez en la frente, lo sumió en la más completa oscuridad.

Los dos hombres que le habían atacado lo metieron en el interior del automóvil y éste se puso en marcha para abandonar el sector americano.

Brander, inconsciente, iba sentado entre los dos hombres que momentos antes habían estado sentados en el «*cabaret*».

Otro hombre conducía el coche y lo había lanzado a gran velocidad a través de las calles.

—No pases por Postdamplatz, Igor, aquello está muy concurrido esta noche —dijo uno de los atacantes de Brander.

—Pasaré hacia el sector inglés y desde allí a la otra zona —respondió el conductor.

—Bien, pero ten los ojos bien abiertos, este pájaro podía estar acompañado y no es ésta la ocasión de tener líos.

El coche, con todas las luces apagadas empezó a cruzar las calles de Berlín.

Al doblar una esquina, Igor tuvo que emplear toda su destreza para no arrollar un «jeep» de las tropas americanas.

Él coche dio un violento viraje y se subió a la acera, pero no redujo la velocidad.

Igor pisó el acelerador a fondo y siguió adelante.

—Este coche tiene algo raro —dijo el sargento de la Policía Militar que iba en el «jeep»—. Síguelo.

—¿Cree que es otro de estos raptos fantasmas a los que son tan aficionados nuestros amigos de la acera de enfrente? —preguntó un soldado mientras se sujetaba fuertemente cuando el pequeño coche se lanzó a una velocidad suicida detrás del otro.

—No lo sé..., pero las luces apagadas, esta velocidad y el no detenerse, me tiene algo intrigado.

Igor lanzó una mirada al espejo retrovisor y pisó aún más el acelerador.

—Hacia el lago, Igor —ordenó uno de los hombres de atrás.

—¿Has registrado al prisionero? —preguntó el otro.

—Sí, lo estaba haciendo cuando hemos tropezado con este maldito «jeep». Le he quitado la pistola.

—Puede tener otra.

Iba a inclinarse hacia Brander cuando otro «jeep» se unió al que les perseguía y su atención quedó fija en ellos.

—Acelera, Igor, aunque el coche estalle. Hay que despistarlos antes de llegar al lago. Allí está la lancha y necesitamos llegar con un poco de tiempo para poder meter este «paquete» en su interior.

Igor era un hombre sin nervios. Al llegar a una calle la enfiló a la máxima velocidad y cuando aún los «jeeps» no habían aparecido en el extremo de ella, ya Igor doblaba otra esquina a riesgo de estrellarse contra las casas.

—Rápido, Igor, aún no se ven.

Tres rápidas vueltas despistaron definitivamente a los perseguidores.

—Al lago, Igor.

Poco después el coche se detenía a la orilla del Wannsee, el lago de Berlín.

... y en la orilla oriental se veían brillar las luces de la zona comunista.

Brander fue sacado del coche y dejado sobre la cubierta de una lancha motora, mientras Igor cerraba el coche dentro de un cobertizo cercano.

Brander empezó a recobrar el conocimiento y lentamente se fue dando cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El motor de la lancha se había puesto en marcha y el mecánico esperaba que se calentase lo suficiente para poder empezar la travesía.

Los dos hombres que le habían capturado estaban soltando las amarras e Igor penetraba en aquel instante en la embarcación.

Todo estaba rodeado de la más completa oscuridad y Brander empezó a mover una mano para buscar la pistola..., pero no la encontró, en cambio el cuchillo permanecía en el bolsillo.

—¿Aún no está caliente este motor?

El mecánico dejó escapar una serie de palabrotas y se inclinó sobre el motor.

Brander descubrió a los dos hombres del «*cabaret*» situados en popa.

—Moskovitz y Mallinkoff —se dijo mientras su mirada buscaba a Igor.

Éste estaba a su lado, separado apenas tres yardas y parecía bastante desconfiado ya que no apartaba sus ojos de él.

El motor empezó a ronronear con más fuerza... y Brander se dijo que tenía que empezar a actuar si quería escapar.

Dejó escapar un gemido y se removió sobre la cubierta de la lancha.

Su mano derecha introducida debajo de su cuerpo empuñaba el cuchillo.

—Este tipo se está moviendo —dijo Igor.

—¡Cállate ahora, se acerca una patrulla de la Policía! —contestó Mallinkoff inclinándose sobre la borda para descubrir en qué dirección estaban los que podían estropear toda la operación de secuestro.

—Solamente son dos. ¿Cómo está este motor?

Era Moskovitz quién hablaba y al mismo tiempo empuñaba un revólver de corto cañón.

Las recias pisadas de las botas de la Policía sonaban hacia la derecha y muy cercanas.

La oscuridad impedía descubrirlos, pero tenían que oír perfectamente el ruido del motor.

Brander dejó escapar otro gemido y amparándose en las tinieblas empezó a levantarse.

—Tendré que sacudirle —dijo Igor al oír el gemido del agente— ... no podemos dejar que empiece a hacer ruido ahora.

—Dale de una vez, pero no lo mates. ¿Qué diablos pasa con este motor?

—Ya está, ahora mismo zarpamos —contestó el mecánico.

Igor dio un paso hacia adelante empuñando una pesada llave inglesa. Tanteó en la oscuridad buscando la cabeza de Brander y al no hallarla iba a lanzar una maldición, cuando uno de los policías encendió una linterna para averiguar cuál era la lancha que iba a zarpar a aquellas horas.

La figura de Igor quedó claramente recortada en la noche, así como Brander también fue descubierto por el conductor del coche.

Éste levantó la llave dispuesto a dejarla caer sobre la cabeza del agente.

IV

CUIDADO, Karl, esta lancha es...

El policía no siguió hablando. Vio a un hombre levantando una llave inglesa para golpear a otro, un mecánico manipulando en el motor... y un hombre empuñando un revólver y dispuesto a disparar contra ellos. Rápidamente apagó la linterna y dando un empujón a su compañero se dejó caer al suelo.

El rayo de luz le permitió ver muchas cosas... Pero antes de que esto ocurriese se oyó un grito de agonía y el chapuzón producido por un cuerpo al caer al lago, después el revólver empezó a ladrar y los dos policías replicaron al fuego.

La lancha se alejó de la orilla hacia la zona oriental y la noche volvió a recobrar su silencio, pero aún se oía el lejano ruido del motor cuando Brander salió a la superficie.

Todo había ocurrido con gran rapidez. Cuando Igor levantaba el brazo para descargar el golpe, Brander pulsó el resorte de su cuchillo y la afilada hoja se hundió en el pecho del conductor.

El golpe fue certero y rápido. Igor lanzó un grito de agonía y... entonces se apagó la luz de la linterna.

Brander retiró la ensangrentada hoja del cuerpo de Igor y se iba a lanzar al agua cuando los disparos empezaron a trazar lenguas de fuego.

Una mano intentó retenerlo, pero nuevamente el cuchillo trazó una línea en el aire y una maldición sorda sonó detrás de Brander.

La mano que le retenía se soltó y el agente se lanzó al agua de cabeza.

Creyó que iba a perder el sentido a causa de la gran frialdad y luchó desesperadamente para volver a la superficie.

El peso de las ropas mojadas le impedía moverse libremente y

cuando pudo respirar trató de despojarse de la gabardina, pero desistió cuando después de haber partido la lancha los policías encendieron nuevamente sus linternas y los rayos de luz cayeron sobre el agua del lago.

—Me pareció oír un chapuzón —dijo uno de los policías dirigiendo su linterna hacia el lugar que había ocupado la lancha.

—Y a mí también, pero no se ve nada.

Brander oía la conversación, oculto detrás de uno de los postes de un embarcadero... y temía que los policías pudiesen oír el ruido que producían sus dientes al chocar violentamente.

—Vamos, aquí no queda nada que mirar.

—Sí... pero estoy convencido que oí un chapuzón.

Cuando los policías se alejaron siguiendo su ronda, Brander salió del agua tiritando de frío.

Rápidamente se alejó de las orillas de Wannsee y se encaminó hacia la Rinstrasse.

No guiso coger ningún taxi ni el tranvía a causa de su aspecto. La nuca le dolía terriblemente y el golpe de la frente sangraba, aunque no muy copiosamente.

Seguramente le habían pegado con el cañón de un revólver o de una pistola y el punto de mira había rasgado su piel.

Llegó a la Rinstrasse, buscó el número 67 y cuando lo halló abrió la puerta con la llave que le había dado Erika.

Se encontró con una estrecha escalera muy empinada y al final de ella una única puerta.

Brander llegó hasta ella y con la misma llave que había usado para abrir la de la calle, abrió.

Se encontró en el interior de una amplia habitación amueblada sencillamente con muebles modernos. Un diván hacia las veces de cama, un par de sillones, una mesita, libros en una estantería y un aparato de radio.

En un mueble bar había botellas y vasos y Brander, sin cubarse la mojada gabardina llenó uno hasta la mitad de coñac francés y se lo bebió de un par de tragos.

—¡Hum!... Esto resucita a un muerto.

A un lado de la habitación había una puerta que daba al baño y enfrente de ésta otra que daba a la cocina.

Brander se desnudó y tomó un buen baño caliente que le hizo

entrar en reacción. Curó sus heridas y se acostó.

Pero antes de dormirse murmuró:

—Tengo que ver a «Papa Lambois»... y será mañana mismo.

Cuando se levantó se preparó una buena taza de café bien cargado para despejar completamente la cabeza.

Del interior de una de las maletas sacó un traje gris oscuro y otra gabardina. También apareció una pesada «Germán Luger» y un pequeño cilindro de acero, y mientras lo colocaba en el cañón de la pistola murmuró:

—Ahora vamos a jugar sucio todos.

Salió de la casa sin sombrero, ya que el suyo se había perdido durante la refriega de la noche anterior.

Entró en una tienda y compró unos guantes y al mismo tiempo usó el teléfono.

Había grabado el número de Erika en su mente y ahora lo usó.

—Soy el hombre que no puede leer el periódico cuando hace viento —dijo cuando la muchacha acudió a la llamada.

—Recuerdo, el que dice frases idiotas sobre el Báltico —respondió Erika.

—El mismo. Tengo que hablar con usted esta misma mañana. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—En la Kaiserplatz, dentro de un cuarto de hora.

—De acuerdo.

Brander fue puntual y Erika también. El Opel los llevó hasta las afueras de Berlín y en una pequeña cantina junto al Spree, pudieron hablar tranquilamente.

Brander explicó a la muchacha todo lo ocurrido la noche anterior y cuando terminó, una cariñosa mirada se fijó en el chichón que lucía en su frente.

—Fui yo quien llamó a Lambois, pero lo hice usando el nombre de una muchacha que trabaja para él... y para mí. Quería que usted pudiese averiguar algo sobre lo que él puede saber..., pero por lo visto no sabe mucho.

—¿Qué le dijo?

—Que usted era un peligroso «gángster» americano y que andaba detrás de localizar lo mismo que él busca. Esto fue suficiente.

—Creo que sí —respondió Brander acariciando el bulto de la

frente.

—... Y él, para evitar competencias se lo dijo a los rusos.

—Lo cual me da derecho a devolverle el favor. Necesito un coche, señorita Erika. Tengo que seguir a Lambois.

—Yo iré con usted. Lambois no trabaja solo. Tiene una pandilla muy bien organizada y sus hombres se mueven tranquilamente por las cuatro zonas.

—De acuerdo. Esta noche pasaré a recogerla. —Espero que Gretchen haya logrado algo. Está buscando por los campos de refugiados y muchos de nuestros amigos también.

—Hay que localizar rápidamente al coronel Gunther. Nuestros enemigos actúan con rapidez y son peligrosos.

Al salir de la cantina se despidieron y Brander se dedicó a husmear por los alrededores del *cabaret* de Lambois con la esperanza de descubrir algo.

Cerca del mediodía vio salir al francés seguido de dos individuos de rostros patibularios y gran fortaleza.

Uno de ellos era casi un gigante que pesaría alrededor de las doscientas cincuenta libras, en cambio el otro era más ligero, pero no hubiese hecho el ridículo en ningún *ring* de lucha libre.

Los tres penetraron en el interior de un coche y se alejaron rápidamente hacia el sector inglés.

Brander se alejó de los alrededores de la Postdamplatz ya que calculó que Lambois no regresaría al *cabaret* hasta la noche.

Cuando pasó a recoger a Erika, ésta le estaba esperando.

—Gretchen ha encontrado un indicio —dijo la muchacha a modo de saludo.

—¿Dónde? —preguntó Brander que sabía que las dos mujeres tenían medios de información tan buenos como el
F. B. I.

—En un campo de refugiados de Grens Dorf. Un hombre que tenía una cicatriz en la mejilla en forma de media luna fue acogido allí hace unos días, pero después desapareció sin dejar señales.

—Poco es..., pero es algo. Tendremos que ir a Grens Dorf y removerlo todo en busca de una pista que nos pueda llevar hasta el coronel.

—Mañana mismo podemos ir los tres.

—De acuerdo... y ahora vamos a hacer una visita de cortesía a

Lambois. ¿Sabe usted dónde vive?

—Es muy difícil de saber. Lambois nunca duerme en el mismo sitio. Tiene cinco o seis apartamentos situados en las distintas zonas de la ciudad.

—Le seguiremos cuando salga del *cabaret* y él mismo se encargará de llevarnos hasta su cubil nocturno.

El Opel, conducido por Erika, a cuyo lado iba Brander, quedó situado en una esquina cercana al local de Lambois.

Había otros coches y desde allí se podía vigilar tranquilamente la puerta del *cabaret* sin llamar la atención a los posibles hombres de Lambois que pudiesen estar espionando.

—Tendremos que esperar bastante —dijo Erika recostándose en el asiento.

—Lo sé. Pero no podemos correr riesgos —replicó Brander mirando a la muchacha.

Ésta devolvió la mirada y una simpática sonrisa apareció en sus labios.

—Me parece que ya va siendo hora de que empecemos a tratarnos con un poco más de intimidad. El tener que llamarla constantemente de usted me hace el mismo efecto que si estuviese hablando con un sargento de tanques —dijo Brander contemplando la agresiva curva del pecho de la muchacha.

—Me parece bien, Brander. Puede ocurrir que tengamos que ocupar la misma fosa y sería una pena que nos fuésemos a la eternidad teniendo que llamarnos «míster» y «señorita».

—Eres una colaboradora formidable, Erika... y me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta, Brander?

—Tú.

—Bien... pero no pierdas de vista la puerta del *cabaret*. Me parece que tu amigo Lambois va a salir mucho antes de lo que esperábamos.

Efectivamente, el dueño del local había aparecido en la puerta y su coche se detuvo ante él.

Siempre seguido de sus dos guardaespaldas penetró en él y el vehículo se puso en marcha.

—Vamos a ver dónde se mete nuestro simpático bandido —dijo Brander mientras Erika ponía el Opel en marcha.

A prudente distancia y siempre dentro de la zona americana,

fueron siguiendo a Lambois.

Éste se dirigió hacia la parte suburbana de Berlín y al llegar delante de un pequeño hotelito situado en Lichtenberg se detuvo y cuatro hombres saltaron del coche.

Bastante alejados, Brander y Erika fueron siguiendo todos los movimientos de los hombres y cuando éstos penetraron en el interior del edificio, el agente abandonó el interior del Opel y sacando la pistola comprobó su funcionamiento.

—Algo debe haber ocurrido cuando Lambois ha abandonado el local tan temprano, Erika... y voy a ver lo que puede haber motivado esta rápida salida.

—Cuidado, Brander, son cuatro, sin contar los que pueda haber dentro de la casa. Voy contigo.

La muchacha abrió el bolso y de él extrajo una pistola y poniéndosela dentro del bolsillo de su gabardina bajó del coche.

—Vamos, Brander... y no pongas esta cara. No es la primera vez que hago cosas parecidas. Viviendo cerca de la frontera esto es corriente.

La calle no estaba muy bien iluminada, pero las escasas luces que brillaban aun sobraban para Brander.

Llegaron hasta la puerta del hotelito y vieron que éste estaba rodeado de un pequeño jardín cubierto ahora bajo una capa de nieve.

En la planta baja brillaba una luz y otra en el piso superior.

—¿Dónde estará el paternal Lambois? —preguntó Brander tratando de abrir la puerta de la verja.

—Ven, Brander, entraremos por la parte trasera —dijo Erika.

El agente la siguió silenciosamente.

Al llegar a la parte posterior saltó la verja, que no era muy alta, y sintió cómo sus pies se hundían en la nieve.

Ayudó a saltar a Erika y después, sin hacer ruido se acercaron hacia el edificio.

Erika se asomó cuidadosamente para observar el interior de la casa a través de la ventana iluminada e hizo una seña a Brander.

Éste, después de ver que no había centinelas, se acercó a la muchacha y también miró.

Vio una gran habitación con estanterías en todas las paredes. Una mesa despacho, un diván y un par de sillones colocados delante

de un fuego donde ardían alegremente unos troncos y a Lambois junto a ellos.

Estaba solo y través de los cristales pudieron observar que la satisfacción se reflejaba en su rostro.

—Regresa al coche, Erika, yo voy a intentar entrar —dijo Brander empezando a escalar la pared para llegar al piso superior.

Fue un trabajo fácil. Las hendiduras de la pared le ayudaron y como la altura no era mucha pudo llegar fácilmente hasta una de las ventanas.

Ésta permanecía cerrada, pero jugándose el todo por el todo la abrió empleando el hombro.

Un seco chasquido resonó en Ja tranquilidad de la noche y Brander retuvo Ja respiración para poder escuchar atentamente.

Nada ocurrió. Fuese porque los hombres de Lambois estuviesen en el otro extremo de la casa o porque el ruido que ellos mismos podían estar produciendo les impidió oír el que hizo la ventana, lo cierto que es nadie acudió a ver lo que ocurría.

Brander esperó unos instantes y después penetró en el interior de la habitación.

Ésta estaba destinada a dormitorio y el agente la cruzó hasta llegar a la puerta.

La fue abriendo lentamente y salió a un corto corredor y al final de éste vio la escalera que conducía a la planta.

Empezó a descender. Su mano derecha empuñaba la pistola provista del silenciador.

Al llegar a media escalera oyó el ruido que producían los hombres de Lambois y sus voces.

—Están en la cocina y seguramente cenando —se dijo Brander al llegar al final de la escalera.

Las voces y los ruidos sonaban hacia la parte posterior de la casa y ante el agente aparecía la entrada a la habitación en donde estaba Lambois.

La puerta estaba abierta y Brander no lo pensó mucho. Quería devolverle al francés la broma pesada que le gastó delatándolo a los agentes rusos.

Cuando cruzó la puerta, Lambois estaba de cara al fuego y dándole la espalda a él.

Silenciosamente se colocó detrás y situándose de forma que

pudiese vigilar la puerta, dijo:

—¿Hace frío esta noche, Lambois?

Éste dio un salto de sorpresa y su mano fue a buscar un arma, pero la voz de Brander volvió a resonar detrás de él.

—Sí, hace frío, pero no tanto como para querer morir abrasado. Levante las manos, Lambois.

Éste obedeció lentamente y Brander le quitó la pistola que llevaba en una funda sobaquera.

—Ahora puede volverse de cara a mí. Deseo ver su redondo y simpático rostro de bandido internacional.

Lambois obedeció y una sonrisa apareció en sus labios al ver a Brander.

—Me alegro de verle, *monsieur* Weigel, creí que nuestros dos amigos rusos habían acabado con usted.

—Hicieron todo lo posible, pero resulté un hueso duro de roer.

—... Y alguien me dijo que los huesos se ablandan con el agua, seguramente me mintió.

—Seguro, Lambois, ya que hoy, después de haber pasado un rato dentro del agua, resulto mucho más duro que ayer.

—¿Puedo bajar los brazos? Es una posición muy incómoda.

—Puede bajarlos, pero déjeme que le recuerde que hay todavía otra más incómoda.

—¿Cuál, *monsieur* Weigel? —preguntó el francés dejando los brazos en su posición normal.

—Las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados... y una olorosa corona de flores a los pies con una cinta negra y la inscripción «Pobre “Papa Lambois”, murió de muerte natural».

—Siempre he esperado morir de muerte natural, *monsieur* Weigel.

—... Natural que una rata de cloaca como tú muera de tres disparos —añadió burlonamente Brander.

—Ustedes, los americanos, son muy vulgares en todas sus manifestaciones. ¿Qué desea?... Me parece recordar que no le invité a visitarme.

—Primeramente que cierres la puerta... después ya veremos.

Lambois, andando tranquilamente obedeció la orden de Brander y después tomó asiento en uno de los sillones junto al fuego.

—Usted dirá, *monsieur*.

—Ayer jugaste sucio y por lo tanto también yo puedo hacerlo ahora.

—Todas las tretas son legales —contestó Lambois cruzando las piernas.

—... Pero para los dos. Tú llevas un doble juego, no sé cuál, pero también sé que me lo dirás.

—No hay ningún doble juego, Weigel, simplemente que quise quitarme de delante a un competidor sin meterme en líos ni que me costase dinero. Tú no sabes lo que vale matar a un hombre en Berlín. Son escandalosos los precios; en Argel te sale por una tontería, pero aquí...

—... No llega a un marco, Lambois. Éste es el precio de una bala.

—Pero tú no cuentas la mano de obra.

—Vamos al grano. Necesito saber lo que has dicho a los rusos sobre mi presencia en Berlín... lo que sabes tú y lo que saben ellos.

—Un deseo muy natural —contestó Lambois descruzando las piernas e inclinándose hacia adelante.

El timbre de un teléfono colocado junto al francés empezó a sonar y Lambois miró a Brander interrogándole con la mirada.

El agente hizo un ademán con la pistola indicándole que contestase a la llamada y él se colocó junto a Lambois.

—Hable —dijo éste.

Algo realmente interesante le estaban comunicando porque una sonrisa de complacencia apareció en su rostro y aunque la borró inmediatamente, Brander pudo descubrirla.

De un violento tirón arrancó el aparato de la mano del francés y lo puso en su oído.

Lambois intentó echarse sobre Brander, pero la pistola de éste le apuntó directamente a la frente y el francés reprimió sus impulsos.

—... lo he encontrado en el campo de prisioneros de Grensdorf y ahora lo tengo en mi poder. Lo llevaré al sitio de costumbre —decía el hombre que estaba al otro extremo del hilo.

Brander no contestó. «Papa Lambois» se había apoderado del coronel Gunther y uno de sus hombres lo iba a trasladar a uno de los escondites de la banda.

—Dile que está bien —ordenó Brander tendiendo el aparato a su enemigo.

Lambois cumplió la orden y después de colgar el teléfono dijo:

—Ahora ya sabes que tengo la partida ganada, ¿qué piensas hacer?

—Ir a buscar al coronel al sitio donde lo llevan tus hombres.

—Será difícil para ti. No sabes dónde está ese sitio.

—No lo creas, conozco todos tus escondites, pero empezaré por el *cabaret*. Es el sitio más indicado para ocultar a un hombre.

El tiro fue lanzado al azar, pero tuvo éxito. La faz de Lambois enrojeció hasta ponerse completamente encendida y de sus labios se escapó un torrente de palabras que no tenían nada de académicas.

Brander no le perdía de vista. El francés estaba enfurecido y un hombre en estas condiciones resulta peligroso. Se olvida de todo... incluso de que hay un arma apuntándole.

En aquel mismo momento la puerta se abrió y dos hombres entraron en la habitación. Eran los dos guardaespaldas de Lambois y los vasos que llevaban en sus manos se escaparon de ellas cuando descubrieron la pistola que encañonaba a su jefe.

Ambos fueron en busca de las suyas y Lambois, al ver que Brander fijaba su atención en los recién llegados, se inclinó y cogió el atizador de acero que había junto al fuego.

El agente apretó el gatillo dos veces consecutivas y los dos secuaces de Lambois se derrumbaron pesadamente contra el suelo.

No habían podido disparar, aunque las armas estaban ya en sus manos.

Sus cuerpos cayeron sobre los vasos rotos y la sangre se mezcló con el líquido que habían contenido.

Al disparar Brander no hizo apenas ningún ruido. El silenciador era de excelente calidad, pero otro disparo atronó el interior de la casa, mezclándose con el ruido de cristales rotos.

Una exclamación de dolor partió de la boca de Lambois mientras el atizador se escapaba de su mano.

En el interior de la casa se oyeron ruidos de pisadas y éstas se aproximaban rápidamente. Brander se colocó junto a Lambois y le dijo:

—A mí me hicieron anoche dos chichones, yo voy a hacerte otros dos y estaremos en paz.

Levantó la culata de la pistola y la dejó caer con fuerza sobre el cráneo del francés.

Éste se inclinó hacia adelante y empezó a caer..., otro culatazo le ayudó a llegar más rápidamente al suelo.

Brander abrió la ventana y la voz de Erika le apremió:

—Corre, Brander, los otros ya están aquí.

El agente se volvió y disparó todo el cargador contra la puerta que había quedado entreabierta y después saltó al jardín.

Ya Erika estaba junto a la puerta de la verja y empezaba a saltarla cuando los dos hombres que aún quedaban en la casa aparecieron en la ventana y empezaron a disparar rápidamente.

Brander lanzó una maldición al ver que había agotado los proyectiles y que no tenía tiempo de cambiar el cargador, pero recordó que tenía la pistola que le había quitado a Lambois.

Con ella en la mano corrió hasta la verja. Erika ya estaba al otro lado y corría hacia el coche.

Brander disparó contra la ventana y sus enemigos se ocultaron para eludir los proyectiles.

El agente saltó la verja y gastó las últimas balas disparando contra el motor del coche de Lambois, después corrió desesperadamente hacia el Opel, que ya se ponía en marcha, y penetró en él rápidamente.

Erika no perdió el tiempo y el Opel salió lanzado a toda velocidad.

V

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Erika, cuando llegaron al centro de la ciudad.

—Al «Destrozo», y es fácil que hagamos honor a su nombre.

—¿Puedes explicarme lo que ha ocurrido en la casa de Lambois? Solamente pude ver que el francés te iba a «despeinar» con una barra de acero y que en el suelo había dos tipos.

—Tu disparo llegó a tiempo. A no ser por él Lambois me hubiese dado un disgusto... ¿pero qué hacías tú en la ventana cuando te dije que te quedases en el coche?

—Me puse nerviosa al ver que tardabas y pensé que te habías metido en algún lío... y ya ves que no me equivoqué.

Brander puso al corriente a la muchacha de todo lo que había pasado con el francés y terminó diciendo:

—Vamos al *cabaret*, allí estará seguramente el coronel y algunos hombres de Lambois, pero tenemos que arrancarlo de sus manos.

—¿Y el francés y sus hombres?

—«Papá Lambois» si tiene suerte y no le he roto el cráneo estará una hora durmiendo y en cuanto a sus hombres, los que han quedado vivos no saben nada de la llamada telefónica.

—Quería decirte que cerca de la casa del francés había otro coche detenido, con todas las luces apagadas y cuatro hombres en el interior.

—Seguramente nuestros buenos y cariñosos competidores los rusos. Lambois me dijo que le seguían de día y de noche.

—Al sonar los disparos desaparecieron rápidamente. Aquella zona era peligrosa para ellos si se presentaba la policía.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Erika, deteniendo el Opel en la misma esquina que habían ocupado cuando vigilaban la puerta.

—Espera un momento —rogo Brander sacando la German-Luger y reponiendo el cargador.

Después de efectuar esta operación descendieron del coche y penetraron en el *cabaret* como si fuesen dos clientes completamente normales.

Una vez en su interior se sentaron en una mesa de la pista y cuando la camarera les sirvió dejaron correr la mirada por el local intentando descubrir en dónde podía estar oculto el coronel y los hombres de Lambois.

Dos hombres entraron en la sala y tomaron asiento en una de las mesas del rincón y Brander los reconoció inmediatamente.

—Moskovitz y Mallinkoff... y éste último parece que sufrió un accidente.

La cara del agente ruso lucía una herida que le cruzaba toda la mejilla.

—Recuerdo de tu lucha de anoche —dijo Erika sonriendo.

—Sí, seguramente era él el tipo que me tenía sujeto.

—Otros dos han entrado, Brander, y se han sentado en la mesa de al lado.

—Considerarán que dos resultan pocos y que es mejor cuatro.

Brander vio que las camareras iban a buscar las bebidas y las cenas a un lugar que quedaba situado detrás de la cortina que ocultaba a los músicos.

—Por lo que veo el único sitio posible es allí detrás. Todo el resto del local es cerrado y no existe ninguna otra puerta, excepto la de los lavabos.

—Hay muy poca luz aquí —dijo Erika.

—Sí y vamos a hacer una jugarreta a nuestros enemigos, tanto los rusos como los hombres de Lambois.

—¿Qué piensas hacer?

Brander no contestó. Estaba escribiendo una nota empleando el dorso de una minuta de «*cabaret*». Después la entregó a Erika, que pudo leer:

«El hombre que ayer se les escapó de entre las manos va a estar en mi despacho dentro de diez minutos».

—Ahora me levantaré y pasaré detrás de la cortina. Tengo curiosidad por saber lo que hay detrás de ella. Cuando veas que ya he desaparecido de la vista, te levantas, entregas esta nota a una

camarera, le das una buena propina y que ella la haga llegar a las manos de los rusos..., y después me sigues.

—Bien, pero me gustaría saber lo que pasará.

—Ya lo verás.

Brander se levantó y sin ninguna prisa cruzó la pista. En aquel momento estaban bailando cuatro muchachas y con la ropa que las cubría seguramente no se hubiese podido hacer ni una simple cortinita.

Brander pasó junto a ellas y poco después se hallaba junto a la orquesta.

Ésta quedaba situada en un rincón y enfrente de ella estaban las ventanillas de la cocina en donde las camareras recogían las consumiciones.

Un ancho pasillo empezaba junto a las ventanillas y Brander vio que formaba un recodo.

Nadie salió a su paso cuando empezó a andar por el corredor y llegó al recodo.

Allí se le reunió Erika diciendo.

—Ya está hecho. Se han consultado con la mirada y después han pasado la nota a la otra mesa. Creo que dentro de poco los tendremos aquí.

—Mira —dijo Brander señalando una serie de puertas que había a ambos lados—. O mucho me equivoco o en una de ellas está Gunther. Vamos.

Un hombre salió por una de las puertas y al ver a los dos amigos fué en busca de la pistola, pero Brander se le anticipó diciendo:

—Quieto, amigo. Venimos de Lichtenberg. Me manda «Papá Lambois». ¿Tenéis al tipo?

—Sí —respondió el hombre al cual la afirmación de que venían de la casa de Lambois pareció convencer.

—Pues hay que andar con mucho cuidado. Los rusos saben que está aquí y han venido a llevárselo. ¿Somos muchos?

—No, solamente cuatro, contándote a ti.

—Mal lo vamos a pasar, aunque el jefe me dijo que él llegaría en el momento oportuno.

En aquel instante Mallinkoff y sus tres hombres doblaban el recodo que formaba el corredor y el hombre que estaba junto a Brander dejó escapar una furiosa maldición y lanzando un grito de

aviso empezó a desenfundar el arma.

Brander precipitó los acontecimientos al empezar a disparar contra los recién llegados.

Éstos respondieron al fuego y el corredor se llenó de estampidos.

Dos hombres salieron del interior de una de las habitaciones y se sumaron a la batalla.

Brander dio un violento empujón a Erika y la hizo pasar a través de la abierta puerta y lo primero que descubrieron sus ojos fue a un asustado hombre que permanecía atado a una silla.

—¡El coronel Gunther Schurz! —dijo Erika al reconocerlo.

En el pasillo tenía lugar un furioso tiroteo. Los rusos habían buscado refugio en los vanos de las puertas y los hombres de Lambois les habían imitado.

Brander, una vez vio que su estratagema había dado resultado dio un salto pasando por encima del caído cuerpo de un hombre y penetró en la habitación en donde estaba Erika y el coronel.

La muchacha había empezado a desatar las ligaduras de Gunther cuando todas las luces se apagaron.

Brander cerró la puerta y pasó el cerrojo, y llamando a la muchacha, preguntó:

—¿Estás bien, Erika?

—Sí, estoy soltando al coronel.

—¿Quién eres? —preguntó éste al ver que se encontraba entre amigos... o en el peor de los casos entre enemigos más humanos que los que estaban en el pasillo.

—Erika Dreiser, coronel, y usted me mandó la libreta.

—No te había reconocido de momento. Estos hombres me han golpeado después de haberme raptado del campo de refugiados.

—No se preocupe, coronel, ahora está en buenas manos —dijo Brander en la oscuridad—... vamos a salir de aquí.

—¿Cómo, Brander? Por la puerta no podremos.

—Hay una ventana en la habitación. Desde donde estoy puedo ver el resplandor de la luz que hay en la calle.

Erika levantó la vista y vio una raya alargada que brillaba en las tinieblas.

—Es un tragaluz, pero pasaremos —dijo Brander, arrastrando una mesa hasta dejarla debajo de la estrecha ventana.

De un salto se subió en ella y después de forcejear unos instantes

pudo abrirla.

—¿Has terminado, Erika? El camino está libre y tenemos que darnos prisa. Estos brutos de ahí fuera acabarán por matarse los unos a los otros pero siempre quedará alguno con vida.

—Sí, ya estoy lista.

Brander ayudó a subir al coronel y lo empujó hasta que pasó por el tragaluz.

Después ayudó a Erika y en la oscuridad sintió cómo sus labios tropezaban con los de la muchacha y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Fue una casualidad aquel roce, pero Brander se dijo que cuando pudiese no iba a ser una cosa fugaz ni casual.

Erika salió a la calle a través del tragaluz y poco después se les unía Brander.

En el interior del *cabaret* continuaban sonando los disparos y el terror había cundido entre los clientes de la sala que, completamente a oscuras luchaban por llegar a la puerta.

La confusión era enorme y gracias a ella, Brander, Erika y el coronel Gunther pudieron llegar hasta el Opel.

El callejón se había convertido en un mar de gente que huía del interior del «*cabaret*» y un montón de curiosos se agolpaba ante la entrada del «Destrozo».

Brander iba a abrir la portezuela de coche cuando tres hombres salieron del interior de otro de los que estaban aparcados y se lanzaron sobre él.

Aún conservaba la pistola en la mano e hizo fuego, pero falló el tiro.

Uno de los atacantes golpeó a Erika haciéndola caer sobre la sucia nieve que cubría la calle y después se lanzó sobre el coronel Gunther que trataba de huir.

Los otros dos atacaron duramente a Brander, que se defendió empleando todos los trucos que conocía.

Una de las rodillas del agente se hundió en el bajo vientre de uno de los hombres y cuando éste se doblaba a causa del brutal rodillazo, con el cañón de la Luger golpeó su nuca.

El hombre se derrumbó de bruces como si hubiese sido abatido de un mazazo.

Brander no perdió tiempo contemplando al caído. Furiosamente

se revolvió contra su segundo enemigo y al ver que éste empuñaba un cuchillo disparó directamente a un lugar situada entre los dos ojos del atacante.

Esta vez el proyectil no se perdió en el aire y un redondo y sangriento orificio apareció en la frente del hombre, que fué lanzado hacia atrás a causa del fuerte impacto.

Chocó contra la pared y lentamente fue resbalando sobre ella hasta quedar tendido sobre la acera.

El tercero de los asaltantes luchaba por arrastrar al coronel hasta el coche, pero Gunther se resistía a pesar de su debilidad.

Brander alzó el cañón de su pistola y disparó. Otra vez el seco ruido que producía la Luger quedó ahogado por el silenciador.

... pero el grito de agonía que se escapó de la garganta del asaltante resonó trágicamente en todo el callejón.

... y acompañando al grito final del tercer atacante empezó a «cantar» una pistola-ametralladora, manejada desde el interior de otro coche.

Brander se dejó caer al suelo, junto al cuerpo inconsciente de Erika y pudo observar que las ráfagas salían de un automóvil distinto del que habían ocupado los tres primeros asaltantes.

Las continuas ráfagas de la pistola-ametralladora sembraron el pánico entre los curiosos que estaban delante de la puerta del «*cabaret*», que empezaron a correr en distintas direcciones.

Varios, completamente enloquecidos por el terror no se dieron cuenta que se lanzaban hacia el mismo lugar en donde brotaban los disparos y tres cuerpos quedaron caídos en el centro de la calle.

Brander cambió nuevamente el cargador de la German-Luger y empezó a disparar contra el hombre que manejaba la pistola-ametralladora.

Sus disparos astillaron el parabrisas del coche y dos proyectiles se incrustaron en la frente del criminal que manejaba el arma sin importarle quien pudiese caer.

Hubo unos segundos de respiro, pero fueron muy cortos. Otro de los ocupantes del coche se apoderó de la pistola-ametralladora y las ráfagas volvieron a barrer el estrecho callejón.

Brander vio cómo el coronel Gunther se arrastraba por el suelo cubierto de una masa de nieve pisoteada y convertida en barro y lentamente se iba alejando.

Gritó para que penetrase en el interior del Opel, pero sus gritos quedaron ahogados por el estruendo de las ráfagas.

Desde la Postdamplatz empezaron a llegar fuerzas de la policía y soldados de los sectores francés, inglés y americano.

El coche se puso en marcha y se lanzó contra los recién llegados antes de que éstos pudiesen comprender lo que estaba ocurriendo.

A roda velocidad y disparando continuas ráfagas el coche pasó por entre las sorprendidas fuerzas de policía y se perdió en una de las callejuelas cercanas.

Mientras los policías organizaban la persecución del coche, Brander se levantó del suelo y llevando entre los brazos el cuerpo inmóvil de Erika la dejó junto al volante del Opel.

Con la mirada buscó al coronel Gunther, pero éste había desaparecido.

Para evitar enojosos interrogatorios y molestias, Brander puso el Opel en marcha y se alejó rápidamente del «Destrozo», que aquel día se había ganado sobradamente su original nombre.

Sobre la nieve pisoteada del callejón quedaban varios cuerpos y seguramente en el interior del «*cabaret*» la policía encontraría algunos más.

Detuvo el coche en una calle solitaria y se inclinó sobre la muchacha para ver si sus heridas tenían importancia.

Una mancha de sangre aparecía sobre el pecho de Erika y Brander no se anduvo por las ramas para saber la importancia de la herida.

Desabrochó toda la ropa de la muchacha y un suspiro de alivio se escapó de sus labios al ver que no existía ninguna herida. La sangre seguramente pertenecía a uno de los hombres que él mató y había caído sobre el pecho de Erika, dando la sensación de que estaba mal herida.

Estaba poniendo la ropa en su sitio cuando la voz de Erika le hizo dar un salto.

—Siempre me habían dicho que los americanos no eran de fiar cuando estaban en el interior de un coche con una mujer. Ahora veo que tenían razón.

Las manos de Brander aún estaban sobre la ropa interior de Erika y no supo que contestar... pero dejó las manos donde estaban.

—Si no te molesta me abrocharé yo misma, Brander, tengo más

práctica que tú.

—Sí, desde luego, pero yo... si yo... ¡al diablo!, pensé que estabas mal herida y quería ayudarte —dijo finalmente Brander volviendo a poner en marcha el coche.

Erika sonrió abiertamente al ver el apuro del agente y cuando toda la ropa quedó en su sitio se inclinó sobre la mejilla y depositó un cálido beso en ella.

—Gracias, querido. Sé que eres un perfecto caballero a pesar de la «pinta» de sinvergüenza que tienes... pero eso no es culpa tuya.

Brander agradeció el beso de Erika, frenando bruscamente y abrazando a la muchacha la besó apasionadamente en los labios. Cuando se separó dijo:

—Gracias... esto es lo que me permite resistir un par de días más sin volverme loco.

—Te recuerdo, Brander, que la primera vez que me viste me llamaste «Tío Ricardo»... y no creo que ésta sea forma de tratar a un tío «con toda la barba» —dijo Erika arreglándose el rubio cabello.

—Tío Ricardo no tiene barba, querida —respondió Brander poniendo nuevamente el Opel en marcha.

Al llegar ante la casa de Erika frenó y volviéndose hacia la muchacha, dijo:

—No creo que nos hayan seguido. Había mucho lío en el callejón.

—De todas formas vamos a usar una entrada algo especial. Cédeme el volante.

Cuando Erika lo cogió, hizo entrar el Opel en un estrecho callejón sin salida y allí lo detuvo. Bajó del coche seguida de Brander y abrió una puerta.

Penetraron en una mísera escalera completamente oscura. Erika cogió la mano del agente y lo guió a través de un pasadizo. Abrió otra puerta y se encontraron en el interior de un viejo almacén de comestibles.

Una bombilla brilla en el centro del techo y cuando la muchacha hizo correr una pesada estantería cargada de botes y de latas, la luz se apagó.

—Ésta es la señal de que todo está bien —dijo Erika—... esta estantería pesa una tonelada y nadie que no sepa dónde está el resorte la movería. Vamos, sígueme y no te sueltes de mi mano.

Podrías romperte la cabeza.

Brander se dejó guiar por Erika y cuando ésta dijo:

—Ya hemos llegado. Ahora Gretchen abrirá la última pared corrediza.

El agente cogió a la muchacha y la rodeó con sus brazos diciendo:

—Siento que no haya luz aquí para poder ver tus ojos.

Los labios de Brander se apoderaron de los de Erika y cuando Gretchen descorrió la pared se encontró ante un curioso cuadro.

Su hermana Erika estaba abrazando al agente americano... y parecía hacerlo muy gustosa.

—Cuando hayáis terminado de «cambiar impresiones» supongo que querréis pasar... y celebro que lo hayas «pescado», hermanita.

... pero ninguno de los dos pareció enterarse de lo que decía Gretchen.

VI

SABEMOS que el coronel fue arrancado del campo de refugiados por los hombres de Lambois, lo que quiere decir qué el francés tiene una organización casi perfecta, ya que llegó a Grendorf antes que nosotros.

Brander se interrumpió para mirar a Erika que lucía una pequeña herida en el mentón, recuerdo del golpe que le había regalado el atacante número tres.

—Yo no fui al campo... —dijo Gretchen—; la información me la dieron aquí y fue un hombre que trabaja para la Oficina Federal de Bonn. Quizás Lambois fue directamente allí.

—Puede ser. Ahora tenemos que empezar otra vez a buscar a Gunther, aunque sabemos que está en Berlín, y es natural pensar que no irá a buscar refugio en el sector ruso.

—Yo iría, Brander —dijo Erika—,...es el único sitio donde los rusos no me buscarían.

—Tú, sí; pero el coronel tiene ya una triste experiencia de lo que son y no lo hará.

—Tenemos que cambiarnos de ropa inmediatamente, Branden —continuó diciendo la muchacha—; vamos hechos unos pordioseros y puede darse el caso de que aún tengamos que salir esta noche.

Erika tenía razón. Aún permanecían con las mismas ropas con las cuales habían sostenido la lucha y aparecían llenos de barro, de sangre y de desgarrones.

—Pues lo siento, pero a mí solamente me queda otro traje en la maleta y ninguna gabardina. Mi viajecito a Berlín me va a costar una fortuna en ropa. El baño en el Wannsee me costó un traje, un par de zapatos, una gabardina y el sombrero, y la «bronca» de hoy

otro tanto..., menos el sombrero.

—Gretchen te dará una gabardina o un abrigo, lo que prefieras, hasta que puedas cambiarte y comprar otra ropa.

—No quisiera molestaros y...

—¡Oh!..., por favor, Brander, ahora ya eres de la familia, «hermanito» —dijo Gretchen, poniéndose en pie y desapareciendo de la cómoda sala en donde estaban reunidos tomando café.

Brander pareció ignorar la broma de la muchacha y continuó hablando.

—Es posible que el coronel Gunther trate de ponerse en contacto con nosotros y busque tu nombre en el listín telefónico. Puede ocurrir que te llame esta misma noche...

—Por esto te he dicho que era posible que aúnuviésemos que salir.

—Creo que, después de la limpieza de esta noche, Lambois andará algo escaso de hombres y los rusos andarán completamente de cabeza pensando qué es lo que está ocurriendo.

—Los tres hombres que nos atacaron pertenecían a la banda del francés y...

—Pues lo siento, son muchas bajas para una noche sola.

—... y los del coche eran agentes de la zona oriental.

—Sí, las fuerzas de Mallinkoff y Moskovitz, que por cierto no sé cómo habrán salido de la refriega en el «*cabaret*».

Gretchen llegó con una gabardina de color oscuro y, dejándola sobre una silla, dijo:

—Está limpia y no tiene sangre ni barro. Siempre hay algunas en casa por si uno de nuestros compatriotas necesita cambiar de ropa antes de seguir su viaje hacia el Oeste.

—Gracias, «hermanita».

Pero la noche transcurrió sin que el coronel diese señales de vida.

Brander durmió en un diván y cuando se despertó era ya pleno día.

—¿Nada? —preguntó al ver a Erika que le entraba una humeante taza de café.

—Nada. Estará escondido en casa de algún antiguo compañero y solamente dará señales de vida cuando él crea que el peligro ha desaparecido.

—Voy a ir a comprar varias cosas, entre ellas un sombrero y otra gabardina, y así me daré una vuelta por Berlín a ver si puedo descubrir algo..., cosa que dudo.

—El periódico dice que el «Destrozo» ha sido clausurado y que en él se encontraron cinco cadáveres..., pero ninguno era el de Moskovitz ni el de Mallinkoff.

—Mala suerte, otra vez será. ¿Qué explicación da el periódico de la batalla? —preguntó Brander sorbiendo el café.

Erika, sentada en un sillón y con las espléndidas piernas cruzadas, contestó:

—Lucha entre dos bandas dedicadas al contrabando entre las zonas.

—Sí, lo que los franceses llaman un «arreglo de cuentas». Es la solución más cómoda.

—Si Gunther llama por teléfono le diré que no se mueva del sitio en que se halle, ¿te parece bien?

—Sí...; lo que ya no me parece bien es que pongas las piernas así cuando estoy bebiendo..., puedo atragantarme.

Erika las descruzó e intentó estirar la falda hasta más abajo de las rodillas, pero fue tiempo perdido.

Brander hizo todas las compras y dio infinidad de vueltas por la ciudad, pero todo fue inútil. Ni en los lugares elegantes, ni en las miserables cantinas del río, ni entre las ruinas, ni en las cervecerías pudo descubrir el menor rastro de Gunther.

Durante dos días, dos largos e interminables días, supieron nada de Gunther, ni de «Papá Lambois», ni de los dos agentes rusos. Parecía que la tierra se los había tragado a todos.

Brander y las dos muchachas habían dado infinidad de pasos. Erika pareció que había encontrado una pista a través de una mujer que trabajaba en una pequeña fundición, pero cuando se presentaron en su casa no lograron absolutamente nada.

El hombre que vivía con ella no era Gunther Schurz, sino un pobre desgraciado que se estaba muriendo lentamente a causa de las penalidades sufridas en los campos de Siberia.

Brander pasó al sector ruso usando el metro, pero tampoco allí encontró rastro del ex coronel de la Abwehr.

Un par de veces les pareció observar que el domicilio de Erika estaba vigilado, pero ambas veces los hombres que merodeaban por

los alrededores se alejaron rápidamente cuando Brander salió para echarles un vistazo «de cerca», como decía él.

Por la muchacha amiga de Lambois sabían que éste había salido con vida de los dos culatazos que Brander le había asestado en pleno cráneo, y cuando el agente se enteró se limitó a decir:

—Puedes tener la seguridad de que yo le pegué con la sana intención de romperle la cabeza. Otro que queda para la próxima.

Al tercer día, y cuando Brander estaba muy ocupado besando a Erika, el timbre del teléfono sonó estrepitosamente..., o, al menos, así lo creyó el agente.

Erika se puso al aparato y después de hablar rápidamente lo colgó.

—Gunther Schurz está a diez kilómetros de Berlín, en una casa de campo junto a la autopista que va a Magdeburgo..., y me ha parecido oír un ligero ruido en el aparato como si la línea estuviese intervenida.

—¡Rápido, Erika, no podemos perder tiempo! Nuestros enemigos pueden haber interceptado la conversación y en estos momentos ya están poniéndose en camino hacia la casa de campo.

Cinco minutos después el veloz Opel Kapitán cogía la línea recta de la autopista y a gran velocidad se lanzaba hacia el lugar en donde estaba oculto el único hombre que sabía el paradero de los dólares falsificados.

Un cuarto de hora les costó llegar a la casa de campo, que en realidad estaba en las afueras de Berlín.

Desde ella se podían distinguir claramente las casas de los arrabales.

Todo el campo aparecía cubierto de una gruesa capa de nieve que empezaba a helarse. El día estaba terminando y las primeras sombras de la noche empezaban a caer produciendo extraños juegos de luz.

Erika llevó el Open hasta un grupo de árboles que se levantaba junto a la casa y allí lo detuvo.

—Vamos —dijo Brander, saltando al suelo y lanzando una mirada a su alrededor.

—Parece que todo está tranquilo —contesté Erika, cerrando la portezuela.

—... lo que no me hace ninguna gracia. La experiencia me ha

enseñado que cuando las cosas aparecen más tranquilas es cuando están a punto de estallar.

—Seguramente que tu abuelita te llamaba «Brander el Optimista» —se burló Erika.

—Sí..., y mi madre solía cambiar el adjetivo por otro: «¡Brander el Vapuleado!».

Empezaron a andar hacia la casa. El sendero era estrecho y sobre la nieve se veían varias pisadas recientes.

—Un momento, querida. Antes de entrar déjame que compruebe el funcionamiento de la pistola; ¿tienes tú la tuya?

Erika afirmó con la cabeza, mientras su mano golpeaba cariñosamente el bolsillo de su gabardina.

—Vamos —ordenó Brander, después de haber puesto una bala en la recámara y de continuar empuñando el arma en el bolsillo.

Erika golpeó la puerta suavemente y una voz de hombre contestó:

—Adelante..., y vayan con cuidado al entrar, hay unas herramientas junto a la entrada.

Ambos jóvenes entraron y cerraron la puerta tras de sí. Se hallaron en un amplio corral cubierto y hacia el fondo se veía brillar una pálida luz.

—Cuidado, Brander —dijo Erika, cuyos pies habían tropezado en un rastrillo dándose un doloroso golpe en la espinilla.

Brander, deslumbrado aún por la luz del exterior que, a pesar de ser casi nula, aún era mayor que la que reinaba en el interior de la casa, fijó sus ojos en el suelo tratando de evitar todos los obstáculos.

Avanzaron un par de pasos cuando una voz que partía de su derecha les ordenó:

—Quietos y levantad las manos.

Brander no obedeció la seca orden. Sus ojos se volvieron hacia el lugar en donde había sonado la voz y sin sacar el arma del bolsillo hizo fuego.

En el instante que sonaba el disparo, Erika se dejó caer de rodillas sobre el suelo y quiso sacar su pistola, pero un golpe asestado con una Cachiporra de cuero la dejó tendida sobre el estiércol que cubría el suelo del corral.

Brander, con la pistola en la mano... y un redondo agujero en su gabardina nueva, trataba de atravesar la oscuridad, pero no lo

logró.

Un golpe en la mano le hizo soltar la pistola y unos brazos rodearon su cuello tratando de ahogarle, pero el agente se apoderó de uno de aquellos brazos y tirando violentamente de él lo cruzó sobre su pecho e hizo una fuerte contracción.

Oyó perfectamente el seco chasquido que producía el hueso al romperse y el grito de dolor del hombre que había intentado ahogarle.

Varios cuerpos cayeron sobre Brander lanzándolo al suelo. Se defendió como pudo y empleando todas las tretas que había aprendido durante su vida, pero fue una lucha muy desigual.

Logró desprenderse de varios brazos que le rodeaban. Sus puños golpearon sobre carne y sobre huesos y oyó varias exclamaciones de dolor.

Pudo ponerse en pie y golpear con los puños y las rodillas hasta que un objeto duro se estrelló contra su cráneo, haciéndole caer de rodillas.

Otro golpe asestado con el mismo palo le lanzó de bruces contra el estiércol, y por primera vez desde que entró en la casa vio gran cantidad de luces que brillaban con fuerza..., pero todas en el interior de su cráneo.

Cuando recobró el conocimiento sintió una enorme pesadez en la cabeza y un gusto amargo en la boca.

Sacudió la cabeza un par de veces e intentó sujetársela con las manos..., pero éstas estaban fuertemente atadas a su espalda.

—¡Vaya, con razón decía yo que había demasiada calma!

El comentario fue hecho en voz alta, y una voz le contestó a través de la oscuridad que le envolvía.

—Me alegro de ver, mejor dicho, de oír, que aún estás vivo, Brander.

—Y yo, querida; ¿cómo te encuentras?

—Igual que si me hubiese pasado la noche de juerga... y atada como una salchicha.

—¿Sabes algo de Gunther?

Otra voz, que salió del Jugar opuesto, dijo:

—No se preocupen por mí. Estoy vivo y, por lo que he oído, mejor que ustedes, ya que me libré de recibir golpes.

—¿Qué ocurrió, Gunther? —preguntó Brander, arrastrándose

hacia el sitio en donde estaba Erika.

—Cinco minutos antes de llegar ustedes se presentaron cinco tipos y se apoderaron de la casa de campo. Nos encañonaron a los dueños y a mí, apagaron todas las luces y esperaron su llegada. Esto fue todo.

—Mi línea estaba interceptada —dijo Erika, apoyando la cabeza sobre el pecho de Brander que había llegado hasta poderse colocar junto a ella.

—Sí...; y lo que no comprendo es como no nos han asesinado ya.

—No lo harán mientras estemos en esta zona, pero cuando nos trasladen a la oriental pueden despedirse de la vida; en cuanto a mí, me espera algo mucho peor que la muerte —dijo el ex coronel del Servicio Secreto del Estado Mayor Alemán.

—No se ha terminado la fiesta aún, Gunther —contestó Brander—. ¿Dónde estamos, lo sabe?

—En el sótano de Ja casa de campo. Arriba han quedado los dueños custodiados por los agentes rusos. Están esperando una furgoneta cerrada para trasladarnos a la otra zona, y desde allí a un lugar escondido donde puedan enterrar sus cuerpos y torturarme a mí hasta que diga dónde están los dólares falsificados.

—Es un agradable porvenir, y usted un hombre ideal para dar ánimos —contestó Brander.

—Cuando haya tratado con ellos tanto tiempo como yo verá que siempre se queda corto en sus apreciaciones sobre lo que son capaces de hacer.

—Coronel Gunther —llamó la muchacha.

—¿Qué quieres, hija mía? Y no me llames coronel, hace muchos años que dejé de serlo.

—¿Cómo pudo evitar que los rusos se enterasen de su verdadera personalidad estando en los campos de concentración de Siberia?

—Nunca dije mi verdadero nombre, y como carecía de documentación, de chapa de identidad e incluso de ropas pasé como un soldado raso.

Gunther se fue arrastrando hasta llegar junto a los dos jóvenes, y en voz baja, apenas un susurro, empezó su relato.

—Cuando huí de la Cancillería pude llegar hasta, la estación de Lehnt, pero aquello era un hervidero de tropas rusas. Retrocedí y pude romper el cerco de los soldados, pero poco después una

patrulla rusa, aislada del grueso de las tropas, me dio el alto.

Gunther se calló para escuchar atentamente, y después continuó:

—Me acompañaba uno de los oficiales que había trabajado conmigo. Era un hombre fiel y fue el mismo que te entregó la libreta. En ella no hice constar que aquel hombre me acompañaría en la fuga y que era él quien tenía la libreta.

—¿Logró escapar?

—Yo, no; pero Hermán, el oficial, sí. Le di la cartera y le ordené que huyese mientras yo hacía frente a la patrulla rusa.

»Hermán huyó y escondió la cartera en un pozo situado en esta misma casa de campo. Arrancó una de las piedras de la pared lateral y en el hueco metió la cartera. Volvió a poner la piedra en su sitio y después salió al aire libre.

»La libreta la ocultó en otro sitio de la casa de campo. Para ser exacto, te diré que la escondió en el interior de uno de los palos que sostenían el mismo pozo.

»Después se alejó de la casa de campo, hasta que fue capturado por los rusos. Hermán sabía que, tanto la cartera como la libreta, contenían una información muy valiosa, pero ignoraba la naturaleza del contenido.

»La patrulla rusa me hirió gravemente y fui trasladado a un hospital. Allí me despojaron de todas mis ropas y cuando finalmente estuve curado me dieron las de un soldado de infantería.

»Así fui metido en el interior de un vagón de ganado y llevado a Rusia. Pasé muchos años allí sin saber lo que podía haber ocurrido con la cartera y con la libreta, pero la vida está llena de casualidades.

»En el mismo tren en que yo era repatriado también lo era Hermán, así pude enterarme de todo lo ocurrido, y una noche, cuando ya los rusos nos habían dejado libres, vinimos a esta casa y recuperamos las dos cosas.

»Te mandé a Hermán con la libreta para que tú nos ayudases a huir de Berlín y pasar a la República Federal, pero el pobre Hermán fue asesinado por los mismos agentes rusos.

»Yo mismo había sido capturado por ellos con antelación y pude escapar lanzándome del coche en donde me conducían.

»Cada vez se iba cerrando más el cerco a mi alrededor, hasta que decidí esconderme en el campo de Grensdorf, pero de allí me

sacaron dos hombres desconocidos.

»Después del tiroteo decidí regresar a esta casa de campo y esconderme en ella hasta que el ruido pasase, pero el miedo a ser capturado nuevamente y que la cartera fuese hallada me hizo llamarte. Lo siento, pequeña; seguramente tu padre no me perdonaría los malos ratos que te he hecho pasar.

—Mi padre los daría por bien empleados si logramos éxito en nuestra misión.

—¿Y la cartera? —preguntó Brander.

—Está escondida en Grensdorf... y será muy difícil de hallar.

—¿Y los dólares falsificados, las planchas, el papel y las tintas? —continuó preguntando Bran.

—Sin la cartera no se pueden hallar. Está todo dentro de un camión del ejército alemán y oculto en lo más complicado de las montañas de Flensburg.

—Hay que escapar de las manos de estos tipos —dijo Brander entre dientes.

—Weigel, en el interior de la cartera hay todas las fichas correspondientes a los americanos que trabajaban para nosotros en América. Una lista completa de los traidores que vendían a su país. Las cogí pensando que, si caían en manos de los rusos, estos hombres habrían continuado siendo espías.

—De todas formas no se las llevó todas, Gunther. Algunas fueron a parar a manos rusas y nos están dando mucho trabajo.

El ex coronel iba a responder cuando la puerta se abrió y Mallinkoff apareció diciendo:

—Ha llegado la hora; sacadlos fuera.

VII

UNA vez en el exterior, Brander pudo descubrir la clase de coche que tenía que transportarlos, a través de Berlín, hasta la zona oriental.

¡Una furgoneta de pompas fúnebres!

Los tres prisioneros fueron amordazados y comprobadas sus ligaduras, y los hombres que los habían capturado los introdujeron en el interior del coche.

«Espero que no me meterán dentro de un ataúd», pensó Brander al ver que había cuatro.

No lo hicieron; se limitaron a dejarlos tendidos en la parte delante de la furgoneta y las cajas fueron amontonadas junto a ellos.

El fúnebre coche se puso en marcha y sin ningún contratiempo llegaron a la zona oriental.

Los tres prisioneros fueron bajados del coche y Brander pudo ver que se hallaban en el interior de un patio perteneciente a una casa bastante vieja. Las mordazas les fueron quitadas.

Les obligaron a bajar unas escaleras llenas de humedad y en encerrados dentro de una especie de calabozo, sin luz ni ventilación.

La puerta se cerró, dejándoles en la más completa oscuridad.

—¡Ya tenemos nuevo alojamiento! Espero que nos darán algo para cenar.

—No lo crea...; y le aconsejo que no hable mucho, seguramente tendrán un micrófono oculto en algún rincón.

—Yo no pienso hablar nada —dijo Erika.

—Lo cual demuestra que eres una mujer inteligente..., ya que serás la única que permanecerá callada... siendo mujer.

—Tienes suerte que no sé dónde estás, si lo supiese ibas a pasarlo bastante mal.

—No lo creas. Lo pasaría estupendamente —fue la burlona respuesta que le llegó a través de la oscuridad.

Ninguno de los tres sabía exactamente el tiempo que había transcurrido cuando la puerta se abrió nuevamente y un hombre penetró y sin pronunciar ninguna palabra se aproximó a Brander y a empujones lo sacó del calabozo.

Cerró nuevamente la puerta pasando el gran cerrojo y empujando al agente delante de él le obligó a andar por un estrecho pasillo que rezumaba agua por las paredes.

Al llegar al final, su carcelero le hizo subir por una corta escalera y después abrió una puerta y entraron en una habitación.

Detrás de una mesa, y dando la espalda a una cerrada ventana, estaba el agente Mallinkoff... con su herida cruzándole la mejilla.

Sobre la mesa había una pesada *Parabellum*, y el hombre que había conducido a Brander hasta allí desenfundó otra y se colocó detrás del agente.

—Bien, Weigel —empezó a decir el agente ruso—, volvemos a encontrarnos.

—Sí, y parece que tu cara de sapo ha sido embellecida por algo. Le encuentro algo raro, no sé lo que es, pero lo cierto es que existe.

—¡Cerdo! ¡Tú lo hiciste en el lago!

—¡Vaya, vaya! Como no soy un hombre rencoroso no quiero recordarte que antes me habíais golpeado vosotros.

—Tú eres americano —dijo Mallinkoff dominando la ira que lo dominaba— y voy a ofrecerte una oportunidad para que salves la piel.

—A ver esa oportunidad. No me fío de ti, pero voy a escucharte.

—Firmarás una documentación diciendo que eres un espía de tu país y que has pasado a la zona oriental para descubrir secretos militares y efectuar actos de sabotaje y...

Una ruidosa carcajada salió de los labios de Brander y finalmente, dijo:

—Tú, seguramente crees que estás tratando con un idiota. Firmaría la declaración y después me darías un tiro en la nuca. No, amigo, no soy tan bobo como tú te crees.

—Firmarás la declaración... ¿verdad que la firmará, Alexis?

El hombre que permanecía a la espalda de Brander dejó escapar un torrente de palabras en una lengua desconocida.

—Dice Alexis que sí la firmarás.

—Dile al tipo este que no la firmaré.

Mallinkoff salió de detrás de la mesa y poniéndose delante de Brander le pegó un brutal puñetazo en el estómago que lo lanzó contra el suelo.

Alexis guardó la pistola y lo levantó en vilo, ya que las manos del agente continuaban atadas a su espalda.

Lo dejó delante de Mallinkoff y éste, con una repulsiva sonrisa entre los labios volvió a golpearle, esta vez en el hígado.

Cuando Alexis levantó a Brander, el rostro de éste reflejaba el dolor que los dos golpes le habían producido.

—No te preocupes, no te pegaré en la cara. Los golpes en el cuerpo no dejan mucha señal, pero son mucho más dolorosos, aparte de esto, cuando encuentren tu cadáver entre las piedras de algunas ruinas, no quiero que piensen que has sido torturado.

Otro golpe lanzó a Brander contra la pared y de allí al suelo. Alexis lo levantó y volvió a dejarlo delante de Mallinkoff.

—Supongo que ya estarás un poco blando y que estarás dispuesto a firmar la declaración que te pedía antes, ¿verdad, Weigel?

—¿Qué garantías tengo de que una vez firmada no me pegarás un tiro en Ja nuca y me lanzarás al Spree?

—Mi palabra —respondió muy seriamente Mallinkoff.

—Si no tienes otra cosa de más valor, ésta no me sirve.

Mallinkoff volvió a golpear a Brander... y así hasta que al final éste exclamó:

—De acuerdo, me basta tu palabra.

—Eres razonable... aunque yo pierda la diversión.

Mallinkoff abrió el cajón de la mesa y puso delante de él una hoja de papel escrita a máquina.

—Ésta es tu declaración, Weigel, no hace falta que la leas, ya sabes lo que dice y no estamos aquí para perder el tiempo. Firma aquí.

—¿Cómo? ¿Con la nariz?

—Déjale las manos libres, Alexis. Nuestro amigo tiene que firmar.

Cuando las ligaduras hubieron sido soltadas, Brander se frotó las muñecas y restablecer la circulación.

—Si cojo ahora la pluma no podré sostenerla entre los dedos. El tipo que me ató se ve que había sido marinero.

Mallinkoff sonrió satisfecho. Él mismo había atado a los prisioneros y sabía que sus nudos eran de primera calidad.

Brander, sin dejar de frotarse las muñecas fue dando la vuelta a la mesa para colocarse junto a Mallinkoff y firmar.

—Espero que después de firmar la declaración de culpabilidad me dejarás marchar. ¡Tengo mucho trabajo que hacer!

Sobre la mesa y junto al papel estaba la *Parabellum*, un poco más separado el tintero y la pluma... y al lado de la mesa y de Mallinkoff había llegado Brander.

—Voy a ver si puedo firmar.

Su mano derecha se extendió para coger la pluma pero cuando ya la tenía entre los dedos se le escurrió, rodando por encima de la mesa.

Al intentar cogerla nuevamente, la mano izquierda de Brander se cerró sobre la culata de la *Parabellum* y dando un ágil salto de costado quedó colocado detrás de Mallinkoff.

Su brazo derecho se cerró como un dogal de acero alrededor del cuello de su enemigo mientras la mano izquierda, empuñando la pistola apuntaba directamente al pecho de Alexis.

—¡Quietos o disparo!

Mallinkoff abría desesperadamente la boca buscando aire, pero Brander continuaba apretando con fuerza.

Alexis intentó ir en ayuda de su jefe pero un significativo movimiento del cañón de la pistola lo retuvo inmóvil.

Brander continuaba apretando y cuando los brazos de Mallinkoff fueron subiendo para apartar aquella tenaza que apretaba su cuello, dos violentos golpes asestados con la pistola en los codos se los rompieron.

El grito de dolor quedó ahogado por el brazo de Brander... pero Alexis, al ver que el cañón se apartaba de su pecho, fue en busca de su pistola para disparar contra el agente.

Brander apretó el gatillo y el estampido del disparo pareció resonar por todo el edificio.

Alexis dio un paso hacia adelante y se desplomó sobre la mesa.

Un negro orificio en la frente señalaba el lugar por donde había huido su vida.

Brander continuó apretando el brazo alrededor del cuello de Mallinkoff y cuando sintió que todo el cuerpo se relajaba lo soltó.

El corpulento cuerpo se desplomó sobre el suelo como si fuera un muñeco roto.

Mallinkoff había muerto cuando creía que tenía la victoria en sus manos.

Brander se inclinó sobre el cadáver de Alexis y recogió la pistola de éste, otra *Parabellum*.

Registró rápidamente las ropas de los dos cuerpos y se apoderó de todos los cargadores.

Se colocó junto a la puerta esperando la entrada de los otros secuaces a los cuales debía de haber alarmado el ruido del disparo, pero después de cinco minutos de angustiosa espera, nada ocurrió.

—Por lo visto están acostumbrados a los disparos —se dijo Brander, empezando a abrir la puerta.

Con las dos armas empuñadas empezó a descender la corta escalera y al ver que el corredor estaba completamente desierto, siguió adelante.

Abrió la puerta del calabozo empezó a desatar a Gunther y cuando éste estuvo libre soltó a Erika.

—Vamos, rápido —ordenó, entregando una de las pistolas al excoronel.

Siguieron nuevamente el corredor, pero antes de llegar a la escalera torcieron a la izquierda y fueron a salir al patio en donde habían sido bajados de la furgoneta de pompas fúnebres.

Gunther empezaba a abrir la puerta cuando aparecieron dos hombres que al descubrirles se lanzaron contra ellos empuñando las armas.

Uno de ellos empuñaba una peligrosa pistola ametralladora de tambor e iba a usarla cuando Brander hizo fuego.

El primero de los proyectiles se hundió en el estómago del hombre de la pistola ametralladora.

El segundo proyectil se alojó en el hombro del segundo hombre pero no lo abatió.

Hizo fuego y el proyectil pasó silbando siniestramente junto a la oreja de Brander para incrustarse en la madera de la puerta.

Brander disparó nuevamente apuntando a la cabeza de su enemigo.

No hizo falta un tercer disparo. Ambos enemigos estaban muertos sobre los adoquines del patio.

—La puerta está abierta, Brander —anunció Gunther.

—¡A la calle! —ordenó Brander al ver aparecer a otros hombres por el fondo del patio.

Erika y el excoronel estaban ya en el exterior cuando el agente se inclinó para recoger la pistola-ametralladora del hombre que no había llegado a dispararla.

Con ella en la mano cruzó la puerta de un salto, mientras un diluvio de proyectiles se incrustaba en las maderas.

Empezaron a correr desesperadamente hacia la zona occidental y Brander se detuvo para lanzar una ráfaga contra la puerta, por la cual empezaban a aparecer sus perseguidores.

Los proyectiles sirvieron de saludable aviso y los tres amigos continuaron su carrera.

Ésta se hacía difícil. Una fina capa de hielo se había formado sobre el pavimento y los resbalones resultaban peligrosos.

Al doblar una esquina, junto a unas ruinas, vieron aparecer un «jeep» perteneciente a la Policía Popular y de él saltaron cinco hombres que les cerraron la huida.

—¡A las ruinas, rápidamente! —dijo Gunthel, saltando entre los montones de cascotes.

Brander y la muchacha le siguieron en el mismo instante en que los policías empezaban a disparar a ciegas.

La oscuridad entre las ruinas era completa. La zona oriental de Berlín había tenido fama de estar pésimamente iluminada y en aquellos instantes Brander estaba dando las gracias de que la fama fuese merecida.

Algunas linternas eléctricas empezaron a brillar entre la oscuridad, pero cuando Brander mandó la primera ráfaga contra ellas se apagaron rápidamente.

Sus perseguidores se habían reunido con las pistolas y los diez hombres empezaron a abrirse en abanico para cerrar las ruinas dentro de un círculo.

—Estos idiotas han dejado el coche solo —dijo Brander, entregando la *Parabellum* a Erika y dándole al mismo tiempo los

cargadores de repuesto.

—¿Qué intentas ahora? —preguntó la muchacha.

—Apoderarme de él y pasar a nuestra zona sin tener que hacer la segunda edición de las Olimpiadas.

—¿Cómo piensa hacerlo, Weigel? —preguntó Gunther.

—Dejando que ellos se acerquen más. Ahora están entre nosotros y el coche, pero cuando empiecen a rodear las ruinas tendrán que ir abriéndose más... y solamente un hombre o a lo máximo dos, se interpondrán en nuestro camino.

—Habrá que eliminarlos en silencio —añadió Gunther.

—Sí, pero esta noche esto se me da bastante bien. Maté a Mallinkoff solamente con las manos.

—¡Dios santo! —Oyó que exclamaba el ex coronel.

—¿Qué ocurre, acaso hice mal?

—Al contrario. Todo el Berlín oriental lo celebrará y todos irán a su entierro para tener la seguridad de que ha muerto.

Los diez hombres continuaban avanzando entre la oscuridad y Brander y sus amigos oían perfectamente el ruido que hacían sus botas al tropezar con las piedras y los trozos de hierro que había entre las ruinas.

—Vamos —ordenó Brander, empezando a moverse hacia adelante.

Agachados, para ofrecer menos blanco, empezaron a andar hacia el sitio en donde había quedado el coche de la Policía.

Se detenían a menudo para escuchar atentamente. Después continuaban.

Una sombra pasó junto a Brander sin hacer ruido. El agente levantó el cañón de la pistola ametralladora y lo dejó caer sobre la sombra.

Ésta se inclinó hacia adelante y hundió la cabeza entre dos grandes bloques de piedra, pero antes de llegar a ellos, el cañón del arma le golpeó nuevamente.

Una voz que sonó a la izquierda del agente preguntó:

—¿Ocurre algo?

Brander se limitó a hacer ¡Chist!, y seguido de sus amigos continuó avanzando.

El camino estaba despejado y el coche no podía estar muy lejos. Hallarlo en medio de aquella oscuridad iba a ser una verdadera

hazaña, pero una vez más el sentido común de Erika se impuso.

Cuando sus pies dejaron de pisar cascotes pertenecientes a las ruinas empezó a seguir la estrecha vereda que se abría antes de llegar a las otras, ruinas que empezaban al otro lado.

No tuvieron que andar mucho. El coche de la Policía estaba allí.

—Adentro, Erika y hazte cargo del volante. Gunther y yo nos encargaremos de dar la despedida a nuestros amigos.

Las llaves del contacto estaban puestas y la muchacha puso el coche en marcha, sin encender los faros, como es natural.

El ruido que produjo el «jeep» fue como un timbre de alarma para los perseguidores.

Dieron una rápida media vuelta y empezaron a sembrar el terreno de proyectiles, pero ya era tarde, el coche se puso en marcha mientras que Brander y Gunther no tuvieron necesidad de emplear las armas.

—Ahora a toda velocidad y no te detengas hasta que hayamos llegado a nuestra zona.

Erika lanzó el «jeep» a través de las oscuras calles mientras detrás de ellos los policías y los hombres de Mallinkoff continuaban disparando.

Diez minutos después de la desenfrenada carrera. Erika advirtió:

—Estamos llegando a la divisoria de zonas. Hay un puesto de control de la Policía Popular a un lado y otro del ejército americano en la puerta opuesta.

—Acelera y pasa por los dos sin detenerte —dijo Brander, que había observado que otro «jeep» les perseguía— y no te lo pienses mucho. Las barreras son de madera. Al pasar agacha la cabeza por lo que pueda ocurrir.

Erika pisó a fondo el acelerador y el pequeño coche pareció dar un salto hacia adelante.

Un policía, con un rojo farol en la mano se puso en el centro de la calle haciendo señas para que parasen... pero si no da un violento salto de costado, su carrera como policía acaba allí mismo.

La barrera de la zona oriental saltó hecha añicos y el mismo camino siguió la de la zona occidental.

Pero Erika tuvo que frenar bruscamente al ver un coche cruzado en el centro de la calle y que cerraba completamente el paso.

... pero el peligro va había quedado atrás.

El «jeep» de la Policía Popular frenó junto a la primera de las destrozadas barreras y sus ocupantes se dirigieron al sargento americano reclamando la entrega de los tres huidos, manifestando que eran ladrones que habían sido sorprendidos robando y que se habían apoderado de un coche de la Policía.

El sargento se dirigió a Brander, preguntando:

—¿Qué hay de cierto en lo que dicen estos tipos?

—Lo del coche solamente; y usted comprenderá que ya que nos llevaron a la otra zona a la fuerza, lo menos que podían hacer era prestarnos un vehículo para poder regresar a casa.

—¿Quién es usted? —preguntó el sargento.

Brander se inclinó sobre el oído del militar y le dijo unas palabras en voz baja, después, en voz alta, añadió:

—Si quiere comprobarlo, no hay inconveniente.

—No hace falta, estoy hasta más allá de las narices de estos tipos. Les devolveré el «jeep» y que se larguen pitando.

—Gracias, sargento. Nosotros nos vamos va.

—Sí, es mejor, ya que me parece que estos tipos hicieron un mal negocio llevándoselos a su zona.

—No tiene ni idea, sargento —respondió alegremente Brander, pasando un brazo alrededor de la cintura de Erika— y dentro del «jeep» encontrará usted una hermosa pistola-ametralladora tambor completamente descargada.

Mientras el sargento entregaba el coche a los policías de la zona oriental, los tres huidos se alejaban hacia el domicilio de Erika.

—Me vas a dar un emparedado de jamón así de alto y así de largo —decía Brander, dando las medidas con los brazos—... después un jarro de cerveza así —y señalaba la cabeza de Erika—... y un cubo de café. Tengo algo de apetito después de tanto ejercicio, ¿y usted, Gunther?

—En los campos de concentración mi estómago se encogió bastante pero creo que aún comeré la mitad de lo que usted ha pedido. Solamente en el café me permito doblar la cantidad.

—Tengo ganas de que este asunto termine para perderos de visto —dijo Erika, abrazando a Brander en la mitad de la calle.

—Tú no puedes perderme de vista nunca, no podrías vivir sin mí.

—... como no podría vivir es si me quedo a tu lado ¿siempre

comes tanto, querido?

—Solamente cuando estoy enamorado... y haz el favor de devolverme la pistola que le quité a Mallinkoff, es un recuerdo, además ellos y Lambois se han empeñado en arruinarme.

—¿La gabardina otra vez, querido?

—Sí, encanto, la gabardina y el traje. Todo hecho unos zorros.

Entraron en la casa de Erika empleando la entrada del callejón. La batalla aún no había terminado. Quedaban varios enemigos, entre ellos «Papá Lambois» que estaría rabiando por tomarse el desquite y estaba comprobado que las precauciones siempre eran pocas.

VIII

NO sé el lugar exacto en donde está oculto el camión con los dólares falsos. Cuando se efectuó el traslado lo hicieron fuerzas escogidas de las S. S., solamente el chófer del camión pertenecía a nuestro servicio.

El ex-coronel Gunther Schurz estaba sentado delante de Brander que le había confesado su verdadera personalidad y el motivo por el cual estaba en Berlín.

Gunther continuó hablando.

—Usted ya sabe que la Gestapo y las S. S. eran dos cuerpos que nada tenían en común con el Servicio Secreto del Estado Mayor. Ellos llevaron los dólares hacia Flensburg porque allí había quedado el último Comando Alemán de las S.

S. El

chófer trazó un plano que me entregó a mí, y poco después todos los hombres que habían tomado parte en aquel transporte murieron en el interior de un «bunker».

—¿Asesinados? —preguntó curiosamente Brander.

—Seguramente, pero todo tuvo las apariencias de un lamentable accidente.

—Para encontrar los dólares es imprescindible la cartera de usted, ¿no es cierto?

—Sí, pero ahora está en un lugar seguro. Podemos ir a recogerla cuando queramos.

—Hoy mismo.

—Está oculta en un lugar del campo de refugiados de Grens Dorf y muy difícil de hallar.

—¿Puede decirme el lugar?

El ex-coronel del Servicio Secreto del Estado Mayor Alemán

sonrió misteriosamente y después dijo:

—No lo diré. Hay un poco de vanidad en mí y también quiero dar un golpe de efecto en este asunto. Hasta la fecha todos van corriendo a su cargo, Weigel.

—No lo creo yo así —respondió el agente, sonriendo a su vez—, creo que el primero y más importante lo dio usted.

—Partiremos esta tarde, Weigel, ¿le parece bien?

—Encantado. Siento verdaderos deseos de dar por terminado este asunto. Por mi país... y por mí.

—Creo que también podría añadir... y por Erika.

—A ustedes, los que han permanecido en los Servicios Secretos, no se les puede ocultar nada.

—Es que hay cosas que son imposibles de ocultar.

A media tarde el Opel que ya había sido recuperado, emprendió la marcha hacia Grens Dorf.

En su interior viajaban Brander, la muchacha y Gunther.

El agente, una vez más, había tenido que ir de compras por las tiendas de la ciudad.

Su última gabardina esperaba que tuviese más tiempo de duración que las anteriores.

Llegaron a Grens Dorf a media mañana, después de seis horas para descansar.

Gunther tomó la dirección de la reducida expedición. Dieron varias vueltas por los barracones y los almacenes. El excoronel les fue mostrando las cocinas, el pabellón dedicado a las oficinas y finalmente el amplió cementerio.

Mientras iban recorriendo las bien alineadas tumbas y leyendo las inscripciones, Gunther no cesaba de dar explicaciones.

—El hombre que está enterrado aquí es uno de los casos más lamentables. Se pasó la mayor parte de su vida en los campos de concentración. Antes de morir decía que los conocía todos... y de todas clases y países.

Brander dejaba que Gunther siguiese su plan. Comprendía que era una satisfacción para él poder demostrar que había logrado engañar a todos los Servicios de Información y a «Papá Lambois», que resultaba tan peligroso como cualquiera de ellos.

Finalmente el excoronel se detuvo delante de una tumba y en la cruz pudieron leer la palabra «Unbekannt» (desconocido).

—Solamente yo conozco la identidad del cuerpo que reposa debajo de esta tumba —dijo Gunther, inclinándose para arrancar unas hierbas que crecían entre la tierra.

—¿Algún amigo? —preguntó Brander.

—No. Un hermoso cerdo.

—¡Coronel Gunther! —exclamó la muchacha, que siempre le llamaba por su grado.

—No te escandalices, Erika. No he perdido el respeto a los muertos, pero en este caso tengo razón. El cuerpo pertenece a un cerdo.

—¿Quién era, Gunther?

—No lo sé... pero cuando compré la cartera me aseguraron que estaba confeccionada con legítima piel de cerdo.

Erika miró fijamente a Brander y al ver la expresión de asombro que había en su rostro no pudo evitar Ja carcajada.

Brander la imitó riendo con verdaderas ganas.

El ex-coronel les había gastado una estupenda broma.

—Esta tumba estaba abierta. Cuando vi que alrededor del campo empezaban a aparecer individuos que no hacían otra cosa que preguntas y husmeando entre los refugiados buscando a un hombre que tenía una cicatriz en la mejilla y que había pertenecido a los Servicios Secretos, decidí ocultar la cartera.

Gunther lanzó una mirada que abarcó todo el cementerio y finalmente sus ojos quedaron inmóviles en la palabra «Unbekannt».

—Ya no tenía a mi lado al fiel Hermán ni tenía posibilidades de recuperar su cuerpo para darle sepultura y pensé que la cartera que él tan bien había escondido en el pozo podría ocupar la tumba abierta.

Por la noche la enterré y por la mañana siguiente y con Ja ayuda de un hombre que está en el registro de defunciones, la registramos como «persona desconocida procedente del Este».

Al terminar de hablar. Gunther levantó la vista y la fijó en sus amigos.

—Vamos, regresaremos por la noche. Sacaremos la cartera y volveremos a cubrir la fosa. Hay tantos cuerpos por el mundo sin sepultura que ya va siendo hora de que haya una tumba sin cuerpo.

Regresaron a Grensdorf y tomaron unas habitaciones en el hotel.

Brander y Erika se quedaron sentados junto al fuego escuchando

las historias de la hotelera y Gunther salió a dar una vuelta, a pesar de que empezaba a nevar.

Cuando regresó tomó asiento junto a los jóvenes y empezó a hablar.

—Al lado del hotel hay un cobertizo, seguramente fue un antiguo corral, en su interior he visto otras herramientas. Esta noche cogeremos un par de palas y después las dejaremos en su sitio otra vez.

—¿No sería más práctico comprarlas? —preguntó Brander.

—Llamaríamos la atención demasiado. Tenga presente que ya tendremos que comprar unas botas para cada uno de nosotros. Con zapatos de calle y con la nieve no llegaríamos a ningún sitio.

Erika asintió con la cabeza.

—Tendremos que llegar al campo de refugiados andando a través del bosque y la cosa no será fácil. También tendremos que comprar una potente linterna eléctrica.

—La expedición de esta noche me recuerda una película de miedo. Un cementerio, una tumba, oscuridad, palas. Sólo faltan la luna y los fantasmas —bromeó Brander.

—Luna no habrá y esperemos que los fantasmas no aparezcan... pero fantasmas sin sábanas y empuñando pistolas ametralladoras —contestó Gunther, muy serio.

... Y tenía razón. «Papá Lambois» no era hombre que se dejase escapar un botín tan importante y Moskovitz aún vivía y no estaba acostumbrado a fracasar, ya que el fracaso significaba la muerte para él.

Brander se dijo mentalmente que no sería nada extraño que el cementerio del campo de refugiados tuviese un par de clientes anónimos aquella misma noche.

—Mientras no seamos nosotros —dijo en voz alta.

—¿Decías algo, querido?

—Nada, solamente que la nieve va cayendo cada vez más espesa.

—Estamos en pleno invierno, no lo olvides.

—No lo olvido y si alguna vez no lo recordase está el agua fresca del lago Wannsee para helarme la memoria.

Cuando todo el mundo se había acostado en el hotel, Brander salió de su habitación y llamando suavemente en la puerta de Erika

y en la de Gunther, indicó a sus amigos que ya era tiempo de partir.

Calzando fuertes botas, compradas aquella misma tarde, salieron al exterior.

Se había levantado aire y los copos de nieve se arremolinaban y azotaban el rostro de los tres.

Gunther se encaminó hacia el cobertizo que permanecía abierto y regresó con dos palas sobre el hombro. Haciendo una seña empezó a andar hacia el campo de refugiados.

La distancia entre el hotel y el campo apenas llegaba a un kilómetro y fue recorrida a través del bosque.

Al llegar al cementerio Brander consultó la hora; la una y media. A las doce y media podían estar de regreso y lo más prudente sería regresar inmediatamente a Berlín una vez Ja cartera estuviese en su poder.

Mientras los dos hombres empezaban a quitar tierra de la tumba señalada con el nombre de «Unbekannt», Erika sostenía la linterna eléctrica.

Sin pronunciar palabra, Brander y Gunther iban ahondando. El ejercicio les hizo entrar en calor.

—¿La enterró muy honda? —preguntó Brander, durante un corto descanso.

—A unos ochenta centímetros o quizás un metro, no puedo precisarlo.

La pala de Brander tropezó con un cuerpo duro cuando ya llevaban cerca de tres cuartos de hora trabajando.

—Me parece que ya la tengo —dijo el agente en voz baja.

—Es fácil. Recuerdo que la dejé en el sitio que usted está.

Erika se inclinó sobre Ja fosa para alumbrar mejor a los dos hombres.

Finalmente la cartera fue hallada y Brander empezó a sacudir la tierra que había en ella, mientras una sonrisa de satisfacción aparecía en el rostro de los tres amigos.

—Ya la tenemos. Ahora al hotel y después, a Berlín.

—No —replicó Gunther— es mejor que vayamos directamente a Flensburg. Ahorramos tiempo.

Brander entregó la cartera a Erika para poder salir del interior de la fosa, pero una voz que sonó a sus espaldas lo inmovilizó.

—Pueden quedarse en donde están... es un sitio muy cómodo,

aunque algo frío.

Brander levantó la vista tratando de reconocer al hombre que había hablado, pero solamente pudo distinguir unas sombras rodeando la tumba abierta.

No era Lambois, ya que su acento era inconfundible.

—No piense, Weigel —dijo Gunther—, es Moskovitz acompañado de sus sabuesos. Esta gente es muy tenaz y nunca se dan por vencidos.

—Exacto, coronel Schurz. Soy Moskovitz y ustedes muy ingenuos al pensar que habíamos abandonado la caza. Tuvieron mucha suerte al huir pero a pesar de la tan conocida frase «de que la historia se repite», esta noche no lo lograrán.

La escena no tenía nada de agradable. En el interior de la tumba estaban Brander y el ex coronel empuñando aún las palas. Arrodillada en el suelo, Erika iluminando la escena con la linterna eléctrica y rodeándoles, cuatro hombres vestidos de oscuro.

En sus manos no aparecían armas. Pero no por esto dejaban de ser peligrosos. Las pistolas permanecían empuñadas en los bolsillos, dispuestas a entrar en acción.

La noche era oscura y la nieve continuaba cayendo copiosamente.

Erika sostenía la cartera en una mano y cuando Moskovitz dio un par de pasos para arrebatársela la muchacha apagó la linterna y se dejó caer hacia atrás.

Una maldición se escapó de la boca de Moskovitz. Todo había quedado sumido en la más completa oscuridad y Brander dando un ágil salto abandonó la fosa.

Inmediatamente empezaron a sonar disparos y las lenguas de fuego rasgaron la noche.

Brander empezó con un hombre que le cerraba el paso. Levantó la pala y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su enemigo.

El golpe, dado con el filo de la herramienta, fue mortal. El agente oyó cómo el hombre golpeado exhalaba un leve gemido y después caía sobre la tierra que habían sacado de la tumba y que ya se estaba cubriendo de nieve.

Gunther había recibido tres balazos, pero luchaba ferozmente dentro de la fosa con uno de los hombres al que había arrastrado

cogiéndolo de una pierna.

Erika, sin soltar la cartera ni la lámpara eléctrica se mantenía acurrucada detrás de otra de las tumbas, mientras Moskovitz la buscaba entre la oscuridad.

Una de las manos del agente ruso se cerró sobre el brazo de la muchacha que dejó escapar un grito de angustia.

Brander se guió por el sonido de la voz de Erika y llegó junto a ella en el momento que Moskovitz le arrebatava la cartera.

Al oír el ruido que producía Brander, el agente ruso se volvió y empezó a disparar con furia. Uno de los proyectiles se alojó en el hombro del americano, pero no fue lo suficiente para detenerlo. Ahora no solamente luchaba por recuperar la cartera, sino por defender a Erika.

La sombra de Moskovitz se puso delante de Branden y éste volvió a levantar la pala y la dejó caer sobre el cuello de su enemigo.

El golpe no fue tan certero como el de la otra vez, pero bastó para que Moskovitz perdiese el equilibrio y tropezase con una de las cruces del cementerio.

Cayó al suelo y desde allí disparó nuevamente. Las lenguas de fuego que brotaron del cañón de su pistola sirvieron de punto de referencia para Brander.

... y la peligrosa herramienta volvió a levantarse una y otra vez hasta que Moskovitz quedó inmóvil, con la cabeza destrozada, y las manos fuertemente agarrotadas por la muerte.

Brander desenfundó su pistola, las misma *Parabellum* quitada a Mallinkoff y ordenó:

—Enciende la linterna, Erika.

La muchacha obedeció rápidamente y la luz iluminó al único hombre que continuaba vivo.

Tenía la pistola en la mano, pero Brander actuó más rápidamente.

Empezó a disparar cuando su enemigo aún no se había repuesto de la sorpresa de verse iluminado claramente.

Todos los disparos dieron en el blanco y el hombre fue lanzado hacia atrás a causa de la fuerza de los proyectiles.

Brander estaba disparando a muy poca distancia y no se perdió ni uno solo de los proyectiles.

Arrancó la cartera de los agarrotados dedos de Moskovitz y cogiendo la linterna que aún sostenía Erika iluminó el interior de la fosa.

Dos cuerpos había en el interior. Gunther, cubierto de sangre, tanto propia como de su enemigo, permanecía completamente inmóvil caído sobre el cuerpo del hombre al cual había matado con sus propia manos.

Brander dejó correr la luz por todos los alrededores de la abierta tumba.

Junto a la tierra removida estaba el cadáver del hombre que había matado con la pala.

Un poco más lejos estaba el cuerpo de Moskovitz y a dos metros escasos el del tercer enemigo.

Brander entregó la cartera y la linterna a Erika y saltado al interior de la tumba sacó el cuerpo de Gunther.

Le costó bastante trabajo, ya que la herida del hombro le producía bastante dolor y sentía cómo las sangre se deslizaba a lo largo de su brazo y llegaba hasta empapar el guante que cubría su mano.

—¿Está muerto? —preguntó angustiosamente Erika.

—No lo sé, pero hay que alejarse rápidamente de aquí. No sé si estos tipos llegaron en coche, aunque no lo creo.

—Seguramente nos han seguido desde el hotel y habían venido a pie.

Brander se cargó el cuerpo de Gunther sobre el hombro sano y empezó a andar hacia el hotel.

Erika, antes de partir, lanzó una mirada a los cadáveres que quedaban sobre el cementerio, y un escalofrío de terror recorrió su cuerpo al ver que la nieve ya no se fundía al caer sobre los cuerpos faltos de vida.

Al llegar al hotel, Brander introdujo el cuerpo de Gunther en el interior del Opel y cogiendo la cartera también la depositó en el interior del coche.

—Sube y recoge las maletas, paga y que te den un par de botellas de coñac o de «*whisky*», las vamos a necesitar. Te espero en el coche.

La muchacha obedeció rápidamente y poco después aparecía con las dos maletas y las botellas que Brander había pedido.

—No había nadie despierto. He dejado el dinero encima del mostrador del bar —dijo Erika al entrar en el Opel.

—Bien. Ahora abre una de las maletas y hallarás un par de camisas. Con ella tapóname la herida del hombro y con el resto de la ropa interior trataremos de detener la hemorragia de Gunther. Mientras has estado arriba he examinado las heridas de él. Tiene tres, una en una pierna, otra en el brazo y un rasponazo en la cabeza.

—¿Son graves?

—Ninguna, pero lo peligroso es la pérdida de sangre.

Erika, ayudada por Brander, procedió a vendar las heridas de Gunther. Los vendajes fueron hechos con una camisa del agente y ropa interior de la muchacha.

Debido a lo fuerte de los vendajes, la hemorragia pudo ser contenida y aunque las heridas sangraban, ya no lo hacían con tanta intensidad.

Brander descorchó una de las botellas de «*whisky*» y la puso entre los labios del desvanecido excoronel.

Éste tragó el fuerte licor y no tardó en abrir los ojos. Una sonrisa apareció en sus labios al reconocer a sus dos amigos y con voz débil, exclamó:

—La cartera la tendremos nosotros ¿verdad?

—Sí, Gunther, la tenemos... y también unos cuantos proyectiles para que nos alegren Ja noche. ¿Se encuentra fuerte?

—Creo que sí... pero déjeme una de esas botellas por si acaso.

Brander tomó asiento junto a Gunther en la parte posterior del coche, diciendo:

—Nos la partiremos, coronel, después nos beberemos la otra.

Erika puso el Opel en marcha y poco después estaban rodando hacia Berlín.

En las condiciones en que se encontraban no podían ir en busca de los dólares falsificados.

—Al pasar por delante de una farmacia frena y baja a comprar alcohol y vendas, Erika. Renovaremos los vendajes hasta que lleguemos a tu casa. Allí nos visitará un médico... supongo que entre tus muchos conocidos habrá un médico de los que no hacen preguntas ¿verdad, querida?

—Lo hay... y también un vendedor de gabardinas al por mayor.

Una maldición se escapó de los labios de Brander al pensar que su gabardina recién comprada había aun durado mucho menos que las otras.

IX

LA herida de Brander no ofrecía dificultades.

Era un limpio agujero con entrada y salida, pero las de Gunther ya tenían peor aspecto.

Particularmente la de la pierna necesitaba bastante tiempo, ya que el proyectil había roto el hueso. En cuanto a la del brazo no era nada más que otro agujero con entrada y salida y la de la cabeza un hermoso surco que dejaba el parietal al descubierto.

—Parece que haya tenido una batalla con los indios de mi país —bromeó Brander cuando las curas quedaron terminadas.

—Hay indios en todas partes, Weigel... y ahora vamos a abrir la cartera y a descifrar el plano. La clave es muy sencilla. En la hoja de la libreta van las equivalencias.

—Lo suponía.

—En el plano que me dio el chófer del camión cambié totalmente las coordenadas y demás signos. Así, quedó completamente inutilizado, y desconociendo la región aún se hacía más difícil localizar el punto exacto.

—Es la clave sencilla pero imposible de descifrar si no se posee la hoja de la libreta.

—Justo... y no me llevó mucho trabajo. Esto es importante cuando el tiempo apremia.

La cartera fue abierta y Erika entregó la hoja de la libreta y mientras Gunther ponía las coordenadas verdaderas en los sitios que les correspondía, Brander esperó manoseando las fichas de los americanos que habían trabajado para el Servicio Secreto Alemán.

Sin darse cuenta se fue enfrascando en ellas y cuando Gunther exclamó:

—¡Ya está!

Brander ni lo oyó. Aquellas fichas que tenía entre los dedos significaban muchos años de cárcel para gente que ahora ocupaba posiciones elevadas en los EE. UU.

Fue Erika quien, apoyando su mano de largos y afilados dedos sobre su hombro le dijo:

—Vuelve a la realidad. El coronel ha situado ya el plano sobre el mapa de Alemania y está esperando que tú lo veas.

Brander dejó las fichas en el interior de la cartera y se colocó junto a Gunther.

—En el macizo montañoso de Flensburg hay gran cantidad de valles y en uno de ellos, en éste precisamente —dijo Gunther, colocando un dedo sobre un punto situado en el mapa— es donde quedó oculto el camión de las S. S.

Brander observó las carreteras y la línea de ferrocarril más cercanas al punto señalado, pero observó que todas quedaban a bastante distancia.

—Será difícil llegar hasta allí.

—En un coche corriente sí, pero creo que Erika no tendrá muchas dificultades para hallar un automóvil militar con tracción en las cuatro ruedas, ¿me equivoco, Erika?

—No. Puedo hacerme con un coche de campaña rápidamente.

—En este caso partiremos en el momento en que lo tengas —dijo Brander.

Erika señaló el brazo herido de Brander y contestó:

—¿Crees que podrás?

—Sí. No es la primera vez que llevo un brazo en cabestrillo.

—Una vez reconocida la situación del valle, vamos a examinar el plano trazado por el chófer del camión —continuó diciendo Gunther—. Los dólares falsificados quedaron ocultos en el interior de una pequeña cueva abierta artificialmente en la montaña, la entrada fue disimulada con rocas y arbustos. El primitivo plan era usar la cueva como refugio para la artillería, pero el cariz que tomó la guerra lo impidió. ¿Comprende el plano, Weigel?

—Sin ninguna duda. Será fácil hallar la entrada de la cueva. El plano es muy claro.

—Entonces puede usted empezar la aventura cuando quiera... a ver si así tenemos un poco de tranquilidad —dijo Gunther, tratando de mover la pierna herida.

—Si no es mucha molestia, querida Erika, cuando halles el coche militar intenta cargar también con una pistola ametralladora, bien provista de municiones. Después de la experiencia de anoche me sentiré más seguro.

—Puedo proporcionarte un obús de 12,40 si te interesa mucho.

—Un obús no, pero unas cargas de dinamita o pastillas de plástico con su correspondiente detonador, sí me interesa, así como unos bidones de cualquier líquido inflamable. Tengo que destruir los dólares y todo lo que contiene el camión.

—Mañana a primera hora estará todo dispuesto —contestó Erika saliendo de la habitación y dejando a los dos hombres solos.

—Siento que se pierda el final de la fiesta, Gunther.

—También lo siento yo, pero doy por bien empleado todo cuanto he pasado. Estando en los campos de concentración de Siberia muchas veces había pensado en lo que ocurriría si estos dólares caían en manos de hombres como «Papa Lambois» o parecidos. Las libras esterlinas no me preocupaban porque sabía que el agua las destruiría, además, los ingleses sabían que existían, pero en la cuestión de los dólares y las fichas, todo era distinto.

—¿Qué piensa hacer cuando esto haya terminado y sus heridas estén completamente curadas?

—No lo sé. No tengo familia y los únicos amigos que tengo son ustedes. He pasado muchos años fuera de la patria y no tengo familia. No lo sé lo que haré, Weigel.

—Mi país le debe agradecimiento, Gunther, y allí siempre encontrará un buen trabajo y amistades.

—Ya veremos lo que ocurre cuando todo haya terminado... y no olvide que Alemania es mi patria, como los Estados Unidos son la suya.

—No lo olvido, Gunther... como tampoco olvido que hombres como usted son los que levantan un país y la fe en la raza humana.

Gunther Schurz no contestó. Cerró los ojos y pareció sumirse en un profundo sueño.

Brander se levantó y después de guardar el plano en uno de sus bolsillos, procedió a doblar el mapa de Alemania.

Todo estaba dispuesto para dar el último paso. Cuando Erika hubiese logrado el coche iban a poner punto final a aquella pesadilla y después...

Pensando en «después» una burlona sonrisa apareció en los labios del agente... y si Erika hubiese podido leer en sus pensamientos le hubiese dado un bofetón.

Por la noche regresó Erika y tomando asiento delante de los dos hombres que se habían pasado la mayor parte de la tarde jugando al ajedrez, los miró burlonamente y les dijo:

—Mi querido par de achacosos y reumáticos viejecitos...

—Nos gustaría saber cómo te encontrarías tú si hubieses sufrido las sacudidas que nosotros hemos recibido, ¿verdad, Gunther?

—Si no mueve la reina me la comeré —fue la contestación que recibió.

Brander se encogió de hombros y Erika continuó diciendo:

—Lo tengo todo listo, coche, explosivos, líquido inflamable y la pistola ametralladora. Es de las que usaban los paracaidistas alemanes y está en muy buenas condiciones.

—Entonces saldremos mañana por la mañana.

—Un momento —dijo la muchacha empezando a deshacer un paquete que llevaba debajo del brazo—... esto es para ti.

—¡Una gabardina! —dijo alegremente Brander al ver el regalo—. Me parece que es la cuarta o la quinta que uso desde que estoy en Berlín, no estoy seguro, pero no debe extrañarte que haya perdido la cuenta.

—Gretchen vendrá con nosotros por si hace falta. Tú no puedes conducir y no sabemos lo que puede ocurrir.

—Perfectamente, ahora me voy a descansar.

—... ¿Y la partida? —preguntó Gunther al ver que su contrincante lo abandonaba.

—La terminaremos cuando regrese —dijo Brander desde la puerta.

—... Si no le han ocurrido más desgracias —contestó Gunther para sí mismo.

El coche militar rodaba por la ancha autopista en dirección a Flensburg.

Conducía Gretchen que iba vestida en «plan de campaña» como decía ella. Pantalón masculino, fuertes botas y una chaqueta de cuero.

Erika también vestía pantalones, pero su chaqueta era de fuerte piel forrada de lana y Brander, para evitar la destrucción de la

gabardina, se había puesto un grueso chaquetón de marino.

A su lado descansaba la ligera pistola ametralladora y su brazo izquierdo aún continuaba en cabestrillo.

En la parte trasera iba toda la carga. La idea del agente era destruir totalmente los dólares y las planchas, así como las tintas y el papel.

Una potente máquina de fotografiar pendía del hombro de Erika.

Brander quería fotos del contenido del camión, así como de la total destrucción. Las necesitaría para tener pruebas de su trabajo y para tranquilidad de los jefes de Washington.

Durante el viaje se volvió varias veces para ver si eran seguidos, pero no descubrió nada alarmante.

—Me parece que a pesar de no haber matado a Lambois le di lo suficiente fuerte para ablandarle la cabeza y «madurar» sus ideas.

—«Papa Lambois» es más peligroso que una serpiente cobra. No te confíes —le contestó Erika.

—Dentro de Berlín es una verdadera potencia en los bajos fondos —añadió Gretchen.

—Sí... y no me fió de él —contestó Brander—. Lo que realmente me extraña es que no haya dado señales de vida.

—Las dará cuando menos lo esperemos —sentenció Erika.

Al llegar cerca de las montañas de Flensburg abandonaron la autopista y siguieron por un infernal camino lleno de baches.

—Me parece que nos ha seguido un coche muy parecido a éste —dijo Brander cuando pudo dominar perfectamente la autopista desde la altura.

Señaló un punto en la carretera y las muchachas fijaron la mirada en él.

—Puede ser un coche completamente inofensivo —dijo Erika.

—Sea lo que sea se ha quedado atrás. Está detenido.

—Sí, adelante, muchacha, este valle que nos quita el sueño no está muy lejos.

El coche siguió ascendiendo y dos horas después llegaban al valle que buscaban.

Gretchen dejó el coche oculto entre unos árboles mientras Brander y Erika consultaban el plano trazado por el chófer del camión de las S. S.

—Allí —dijo solamente Brander señalando un punto.

Rápidamente fueron quitadas las rocas y los arbustos que ocultaban la entrada y ésta quedó al descubierto.

Lo primero que vieron los ojos de los dos jóvenes fue la trasera de un pesado camión de las Fuerzas de Asalto Alemanas.

Las ruedas estaban semi destruidas por el tiempo y la lona que lo cubría no era nada más que un trozo de tela hecha jirones.

Cajas y más cajas aparecían apiladas dentro del camión y Brander dijo:

—Hay que sacar el camión de la cueva.

El vehículo de las S. S., fue arrastrado por el coche que los había llevado hasta allí y una vez en el exterior, Gretchen lo volvió a ocultar.

Con una palanca, Brander hizo saltar la tapa de varios cajones y ante su vista aparecieron montones de billetes de a dólar, de cinco y de diez.

Escogió varios de cada clase y los guardó en el bolsillo. Después continuó rompiendo cajas mientras Erika iba sacando fotos.

Todo apareció en el camión. Billetes, papel, tintas y las planchas.

Una vez tomadas las fotografías, Brander colocó las cargas de dinamita debajo del camión y puso una pequeña pastilla de plástico junto a las cargas.

Colocó el detonador y lo graduó para que hiciera explosión veinte minutos después.

Roció completamente el vehículo y la carga con el líquido inflamable y cuando hubo terminado dijo:

—Ahora a esperar muy poco tiempo. Ten la máquina preparada y ocurra lo que ocurra no dejes de fotografiar la destrucción de todo este material.

Erika fue a buscar refugio junto a Gretchen que estaba escondida debajo del coche.

Brander recogió la pistola ametralladora que había dejado sobre el suelo durante el trabajo y volvió a poner su brazo en cabestrillo.

—No pienso moverme de aquí hasta que todo esté terminado. Me juego demasiado para perderlo a última hora.

Este comentario hecho en voz baja pareció que tenía una justificación.

El ruido de un potente motor se oía por el mismo camino que habían usado Brander y las dos muchachas para llegar hasta allí.

Un camión de seis ruedas perteneciente al Ejército Americano terminaba de hacer acto de presencia en el valle... y el primero en saltar de la cabina fue el adiposo «Papa Lambois».

Detrás de él saltaron hasta ocho hombres fuertemente armados con pistolas ametralladoras.

—Ya lo tenemos —gritó Lambois señalando hacia el camión.

Varios de sus hombres empezaron a correr hacia él para examinar la carga.

Brander se había dejado caer al suelo cuando el camión entró en el pequeño valle y a pesar de que Lambois y dos de sus hombres miraban atentamente, empuñando sus peligrosas pistolas ametralladoras no pudieron descubrirle.

Brander consultó el reloj. Faltaban aun siete minutos largos para que tuviese lugar la explosión y era muy posible que los hombres de Lambois descubriesen las cargas y quitasen el detonador.

—No tendré más solución que hacerlo —murmuró Brander al ver que cinco de los secuaces de Lambois estaban muy próximos al camión de las S. S.

Sacó el brazo del pañuelo que lo sostenía y apretando los dientes a causa del dolor que sentía, empuñó la pistola ametralladora.

Junto a él dejó cinco cargadores de repuesto y mirando hacia el lugar en donde estaban escondidas las muchachas para observar si eran visibles desde el lugar que estaba Lambois, empezó a levantar el cañón del arma.

Erika y Gretchen estaban seguras y la primera había empezado a tomar fotos.

Los hombres de Lambois estaban ya junto al camión cuando sonaron los primeros disparos.

La ráfaga, certeramente dirigida, alcanzó a los dos que corrían a la cabeza del pelotón.

Una trágica pirueta frenó su carrera y sus cuerpos quedaron tendidos sobre la nieve helada que cubría el valle.

Sus manos casi rozaban las cajas llenas de dólares falsificados que Brander había lanzado desde la carrocería del coche.

—¡Cazadlo! —ordenó Lambois dejándose caer al suelo huyendo de los posibles proyectiles que pudiesen buscar su rechoncho cuerpo.

Los tres hombres supervivientes del grupo de cinco, buscaron

refugio detrás del camión lleno de cajas... y de dinamita.

Los ojos de Brander no vigilaban nada más que a aquellos tres hombres. Si uno de ellos se introducía debajo del coche descubriría las cargas y las desconectaría, anulando el detonador.

Pero los tres se parapetaron detrás del motor del coche y desde allí abrieron fuego con sus pistolas ametralladoras.

Brander consultó la hora nuevamente. Cuatro minutos.

Un diluvio de plomo empezó a caer a su alrededor y varios proyectiles troncharon las ramas bajas del árbol que estaba a su lado y pequeños trozos de madera volaron por el aire.

Lambois, desde el suelo, no hacía otra cosa que dar órdenes para que Brander fuese liquidado rápidamente.

—Chilla como una rata mojada —dijo Brander en voz alta mientras disparaba contra los tres hombres ocultos detrás del motor del camión de las S. S.

Todos sus disparos iban dirigidos hacia ellos... y también con la esperanza de que uno de sus proyectiles alcanzase a una de las cargas y precipitase la explosión.

Tres minutos.

Lambois y los dos hombres que le acompañaban abrieron fuego contra Brander.

Éste había declarado claramente su posición al disparar y sus enemigos iban afinando la puntería..., pero el agente no se preocupaba de Lambois y sus dos hombres.

—Sucia rata —murmuraba entre dientes mientras continuaba disparando contra los tres del camión.

Un violento golpe en el pecho le hizo perder el equilibrio, pero continuó disparando, ahora arrodillado.

Un minuto... solamente un minuto y todo habría terminado, se decía mentalmente mientras disparaba.

Un impacto en el costado le hizo caer de lado, pero a pesar de la nueva herida cambió el cargador de la pistola ametralladora.

Medio minuto... y Lambois, loco de alegría al ver que Brander había caído y que ya no disparaba, se puso en pie, lanzando un alarido de triunfo.

Brander, repuesto el agotado cargador y caído sobre un costado, apretó el disparador de la pistola ametralladora y una ráfaga brotó del azulado cañón.

«Papa Lambois», alcanzado de lleno en el pecho y vientre cayó pesadamente contra el suelo y hundi6 su redonda cara entre la nieve helada.

Sus dos hombres, que tambi6n se habían puesto en pie, corrieron hacia el cami6n de las S. S., para buscar refugio detrás de 6l.

Brander ya no dispar6. El tiempo había transcurrido y si todo marchaba bien el cami6n iba a saltar por los aires, hecho añicos.

Durante una fracci6n de segundo pareci6 que toda la vida había quedado interrumpida en el valle, despu6s una explosi6n lo sacudi6... y el cami6n salt6 por los aires y una inmensa hoguera brot6 en el lugar que antes había ocupado.

Brander, empuñando aun la pistola ametralladora se fue arrastrando hasta llegar junto a Lambois.

—¡Hola, «Papa Lambois»!

—¡Hola, Weigel!... Me estoy... muriendo... y no comprendo... nada.

—No soy un «gángster». Lambois, soy un agente federal.

—Ahora comprendo... todas... las tretas... son legales.

—Sí, en el amor y en la guerra.

—Incluso... la muerte.

Éstas fueron las últimas palabras de «Papa Lambois».

... Pero Brander ya las oy6 a trav6s de una espesa bruma que se iba apoderando de todos sus sentidos. Lo último que vio fueron los restos del cami6n y las cajas conteniendo los dólares, ardiendo en el centro del valle... y la nieve que se fundía a causa del calor.

Despu6s todo se borr6 de su vista y cay6 sobre el cuerpo de Lambois.

Cuando recobr6 el conocimiento estaba en una cama y varios rostros le rodeaban.

—No hables, querido. Estás herido y necesitas descansar.

—¿Ardió todo? —pregunt6 solamente.

—Todo y no qued6 rastro de nada, incluso las planchas se fundieron a causa del gran calor. Cuando est6s bueno podrás ver las fotos.

Unos húmedos labios besaron los suyos y Brander Weigel volvi6 a dormirse, pero esta vez su sueño fue reposado y tranquilo.

Un mes despu6s, dos hombres y dos mujeres penetraban en el avi6n que tenía que transportarlos a

New-York.

Uno de los hombres llevaba una pierna enyesada y el otro tenía que andar apoyándose en el brazo de una estupenda rubia.

Una vez en pleno vuelo, la azafata se acercó a Brander que parecía una pálida sombra de lo que había sido un par de meses atrás y mirándole fijamente dijo:

—Míster Weigel, a no ser por el nombre no lo habría reconocido. ¿Qué le ha ocurrido?

—¡Hola!... ¿Recuerda que quería aprender a nadar?

—Sí, señor.

—... Pues aprendí en pleno invierno.

—Por lo visto y por el aspecto que tiene también intentó el salto.

—También lo intenté... pero la caída ha sido fatal. ¡Me voy a casar! ¿Conoce otra caída peor?

—Sí —contestó la azafata alejándose—, quedarse soltera.

—Querido —dijo Erika pasando sus brazos alrededor del cuello de Brander—, nunca te caerás si estás entre mis brazos.

—Me caeré antes —contestó Brander besando los rojos labios de la muchacha.

Gunther, que estaba sentado detrás de ellos en compañía de Gretchen, dijo:

—Cierra los ojos, chiquilla. Eres muy joven para ver según qué cosas.

—Pero... ¿si no miro, cómo aprenderé? —contestó muy lógicamente la hermana pequeña.

Gunther no contestó. A veces las mujeres hacen preguntas muy especiales.

—Querida —dijo Brander separando sus labios de la boca de Erika—, ¿puedes decirme si al final logré salvar alguna gabardina?

—Sí..., pero ahora no te preocupes de ello. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—Tienes razón —contestó Brander volviendo a besar a la muchacha.

... Y a pesar de todo el avión no perdió el rumbo.

FIN

EDITORIAL ROLLAN

PRESENTA



LA MAS TREPIDANTE COLECCION
DE GUERRA...



Crudas escenas de los diversos campos
de batalla...



HEROES HUMANOS QUE LUCHAN
POR UN IDEAL, EXPONIENDO SU
VIDA Y VERTIENDO SU SANGRE...



Toda la grandiosa epopeya de la guerra,
fielmente reflejada en esta magnífica
colección que podrá adquirir al precio
de SEIS pesetas

EDIFICIO ESPAÑA - MADRID - 6 Ptas.

